
POTENCIAS EMERGENTES Y NUEVO JUEGO ESTRATEGICO MUNDIAL

EMILIO LAMO DE ESPINOSA

INTRODUCCION

El mundo acusa la reaparición de viejas tentaciones particularistas y etnocéntricas al tiempo que, paradójicamente, se acelera la globalización. La nueva tentación indigenista latinoamericana, el retorno a los orígenes imaginarios del Islam fracasado, el nacionalismo agresivo (e incluso depurador) que asoma en algunos lugares del este y norte de Europa, o el discurso anti-globalizador, altermundialista o anti-americano, poderoso en importantes países europeos, aliado todo ello con brotes xenófobos y reemergencia de ideologías particularistas (1), muestran el mismo síndrome: miedo al futuro, miedo al mundo emergente y, como reacción, regreso a un pasado de intocadas esencias míticas, al proteccionismo y nacionalismo económico o a la defensa cultural.

También entre nosotros. Después de más de treinta años durante los cuales España abandonó tentaciones historicistas, cerrando con siete llaves el sepulcro del Cid (Joaquín Costa) para mirar hacia delante y hacia fuera en busca de la ansiada europeización y normalización del país, parece que regresan los viejos fantasmas, la tentación del ensimismamiento y la mirada hacia el pasado para reconstruir, no ya la historia próxima, en una «segunda transición» perfectamente innecesaria, sino la historia más lejana (¡nada menos que sesenta años desde la guerra civil!). Y junto con la mirada hacia atrás, también la mirada hacia adentro en interminables y banales discusiones sobre el «ser» de España, ya

(1) Véase el interesante trabajo de Jerry Z. Muller, *Us and Them. The Enduring Power of Ethnic Nationalism*, en *Foreign Affairs*, Marzo/Abril 2008.

sea este Nación, realidad nacional, Estado plurinacional o algún otro artilugio.

Pues bien, es importante por ello entender las enormes transformaciones a que está siendo sometido el mundo, no exentas de problemas, por supuesto, pero en buena medida positivas. Pues lo que argumentaré, es que, más que protegernos del nuevo mundo, debemos lanzarnos a él. Y que España (y Europa), más que mirar al pasado y hacia adentro, deben mirar al futuro y hacia fuera, pues el futuro de España, en buena medida, está ya fuera de España, fuera de nuestras fronteras.

LA SEGUNDA GRAN TRANSFORMACION

«China es un gigante dormido, déjenlo dormir, porque el día que despierte hará estremecer al Mundo». Fue la conocida respuesta que en 1793 dio Napoleón Bonaparte, a Lord McCartney, embajador de Jorge III de Inglaterra en China, cuando le preguntó por los intereses franceses en Asia. El mismo Lord McCartney que quedó estupefacto cuando el emperador chino Quianlong le dijo abruptamente: «los chinos no tenemos la más mínima necesidad de las manufacturas británicas».

Pues bien, va a ser que sí, como dicen los castizos, y a las dos cosas. Quien iba a pensar que despertarían al tiempo China, la India, Brasil, México y bastantes otros países. Quien iba a pensar que sería China quien llenaría Gran Bretaña de productos manufacturados, y no al revés. O que sería la India quien llevaría la contabilidad de los británicos, y no al revés.

Llevo muchos años investigando los estereotipos de las naciones, y sé bien que nos dicen más del que habla que del objeto al que se refieren. Y creo que la cita de Napoleón reproduce a la perfección el prejuicio occidental sobre China (que puede extenderse a India y todo el Oriente (2)), un prejuicio compuesto por tres principales ideas: son gigantes, por fortuna duermen, y es peligroso que despierten. De las tres ideas, una es verdad, la otra, en absoluto, y la tercera podría o no ser verdad. Veremos cual es cual.

Lo que pone de manifiesto el estereotipo de Napoleón es la dificultad que tenemos para ver Oriente sin prejuicios sin «orientalismos» como los

(2) Para los estereotipos sobre la India véase Amartya Sen, *The Argumentative Indian*, Penguin, 2006.

denominó Edward Said. Mi primera idea pues es esta: tratemos de saltar el velo de los enormes prejuicios que nos impiden ver la realidad y nos hacen ver fantasmas, como le pasaba a Napoleón.

Pues nunca ha sido más necesario.

Un dato a no olvidar, tan importante o más como lo fue la caída del muro de Berlín en 1989: en el 2005 la producción de las economías emergentes (3) superó la de los países desarrollados, un cambio de inflexión que se remonta a más de doscientos años. Y no es una casualidad cíclica o volátil sino el resultado de una tendencia clara: las economías emergentes crecieron a poco menos del 3% en los años 80, al 4% en los 90 y a cerca del 6% en el nuevo siglo. China lleva casi treinta años creciendo al 10% anual, un ritmo endiablado (4). La India creció a tasas del 3 o 3,5%, hasta las reformas de los años noventa, un crecimiento desbordado y absorbido por el de la población, pero actualmente crece al 9,4% el año fiscal que acabó en marzo del 2007. No ya Rusia (que crece al 7%) o América Latina (Brasil crece al 4,4%) o, por supuesto, Asia; incluso África crece por encima del 5% y la previsión es que lo hará cerca del 7% en el 2008, pero Angola, Sudán o Mauritania están ya creciendo al 10%. Extremo Oriente crece al 10%, el sureste asiático a más del 8%, Europa del este al 7%. De hecho, Europa occidental, que sigue siendo cerca del 30% del PIB mundial, es la región del mundo que menos crece, un 1,3%, versus una media del 4% mundial, que se mantiene desde hace cinco años.

Además, las economías emergentes son ya el 45% del total de exportaciones mundiales, consumen la mitad de la energía del mundo pero son 4/5 partes del incremento de demanda de petróleo y disponen del 75% de las reservas de divisas. Este año 2007 por cuarta vez consecutiva –señalaba The Economist– la totalidad de las 32 economías emergentes monitoreadas muestran signos positivos de crecimiento, más del triple de lo que crecen las economías desarrolladas (8,1% versus 2,5%).

(3) El término «países (o economías) emergentes», introducido hacia 1980 por el economista del Banco Mundial Antoine van Agtmael, aparece reiteradamente en estas páginas y las diversas fuentes utilizadas no siempre lo usan con el mismo referente. Usualmente alude a aquellos países que antes se llamaban «en vías de desarrollo» y con frecuencia se identifica con «países subdesarrollados». La lista de mercados emergentes de Morgan Stanley, por poner un ejemplo, incluye 25 países; la de The Economist 28.

(4) Un dato impactante: el 80% de las gruas de construcción del mundo están en China, una cuarta parte sólo en la ciudad de Shangai. Federico Steinberg, *El impacto de las potencias emergentes en la economía mundial*, Real Instituto Elcano, ARI, 4, 2008.

CRECIMIENTO DEL PIB MUNDIAL: CONTRIBUCIONES POR PAÍSES Y REGIONES

(En porcentajes del total mundial)

	Contribución al crecimiento ^a							Participación en el PIB mundial, 2005	
	2001	2002	2003	2004	2005	2006 ^b	2007 ^b	Dólares corrientes	Paridad de poder adquisitivo
Estados Unidos	13,4	14,5	16,0	17,7	17,2	15,9	16,7	28,1	20,1
Unión Europea	19,9	13,8	11,8	13,6	12,0	12,5	13,1	30,3	20,3
Japón	3,7	2,1	3,7	4,4	4,1	3,8	3,2	10,3	6,4
América Latina y el Caribe	7,0	4,5	2,5	5,0	7,8	7,0	6,5	5,5	7,4
Países de Asia en desarrollo	39,9	44,7	43,6	37,2	41,7	42,3	42,5	8,9	27,1
China	27,1	30,0	27,7	23,7	27,2	28,1	27,8	5,0	15,4
India	6,9	7,4	8,9	7,3	8,2	7,7	7,9	1,7	5,9
Crecimiento anual del PIB^c	1,6	1,9	2,8	4,1	3,6	3,6
Crecimiento anual del PIB (PPA)^d	2,6	3,1	4,1	5,3	4,8	5,1	4,9

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de datos del Fondo Monetario Internacional y del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales (DESA) de las Naciones Unidas.

^a Las contribuciones fueron calculadas sobre la base del PIB expresado en paridades de poder adquisitivo.

^b Sobre la base de proyecciones del Fondo Monetario Internacional.

^c En dólares constantes del 200.

^d En dólares de paridad de poder adquisitivo (PPA).

Figura 1

Todo ello tiene dos muy relevantes consecuencias. La primera es que las nuevas economías contribuyen a generar las dos terceras partes del crecimiento mundial, mientras Estados Unidos sólo aporta el 17% y la UE un 13%. Sólo China contribuye a generar casi un tercio del crecimiento mundial. Y si a China sumamos la India y Rusia estaremos ya en el 50% del crecimiento mundial que parece depender menos de sus motores tradicionales (USA, la UE y Japón). De hecho si la crisis de las hipotecas de agosto del 2007 en los Estados Unidos tuvo escasas repercusiones hasta ahora (nulas en Asia o América Latina, por ejemplo) se debe a ello y los economistas se preguntan si el «decoupling», el desacoplamiento de las economías del mundo a la americana, ha tenido ya lugar (5).

La segunda consecuencia es más importante para nosotros pues define el peso económico de los países: el PIB de China es ya, en paridad de poder adquisitivo, un 14% del total mundial, el segundo del mundo, más del doble del siguiente país, Japón. Cuyo PIB es ya (también en PPP), similar al del cuarto país del mundo, la India. Que dobla el del Reino Unido o Francia. Y Brasil es ya la novena economía del mundo, y Ru-

(5) Desacoplamiento paradójico pues las reservas de divisas de China se aproximan ya al billón y medio de dólares –dos veces el stock de inversión extranjera- pero el 70% de ellas están en bonos del tesoro americanos. De modo que la emergente y pobre China está financiando el consumo de la clase media americana. Véase E.Bregolat, *El billón de dólares de China*, *El Imparcial* 28 de enero de 2008.

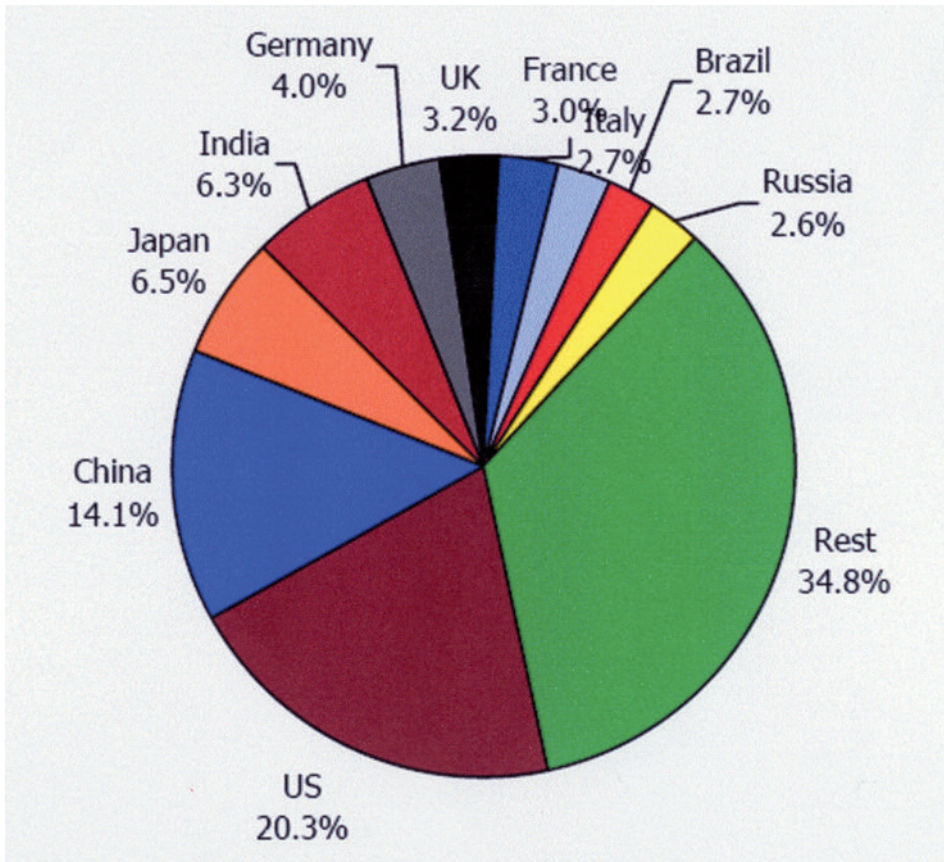


Figura 2. PIB mundo 2005.

sia la décima. Hace bien pocos años Goldman Sachs acuñó el acrónimo BRIC para aludir a esos cuatro países emergentes, Brasil, Rusia, India y China (6). Pues bien, ya los tenemos en el pelotón de cabeza de la economía mundial.

¿Qué está pasando?

En 1944 el economista y sociólogo austriaco (en verdad húngaro), Karl Polany, publicó un libro de enorme impacto y relevancia, La Gran Trans-

(6) *Global Economics Paper No. 99: Dreaming with BRICs: The Path to 2050*, véase en <http://www2.goldmansachs.com/insight/research/reports/report6.html>

formación. Los orígenes económicos y políticos de nuestro tiempo. En el argumentaba que el orden moderno occidental se sustentaba en cuatro instituciones cruciales: el equilibrio de poder de Estados soberanos (el orden internacional westfaliano), el patrón oro, el Estado liberal y, sobre todo, los mercados autoregulados que eran «la fuente y la matriz del sistema», la «innovación que dio lugar a una específica civilización» (7). Pues bien, ese mismo modelo de Estado y mercado se extiende hoy, más allá del Occidente atlántico, a todo el mundo, y con velocidad de vértigo.

Estamos pues siendo testigos de una transformación social sin parangón desde la Revolución Industrial, la segunda gran revolución política y económica del mundo tras la de los siglos XVIII y XIX. Sólo que esta es mucho más extensa, intensa y rápida. Más extensa pues aquella afectó a no más de 1/3 de la población del mundo y esta afecta a todo el mundo. Es mucho más intensa y profunda, pues altera a más aspectos de la vida, a más productos, procesos, hábitos o instituciones; por ejemplo, en el 2.007 la población urbana del mundo habría sobrepasado a la rural por vez primera en la historia de la humanidad (otra fecha a recordar), y nada hace cambiar más la sociedad que el tránsito rural-urbano. Y sobre todo, la actual Gran Transformación es mucho más rápida: comenzó, con la globalización, hacia 1989, y tardará no más de quince o veinte años en completarse, mientras que la Revolución Industrial tardó siglo o siglo y medio. Un ejemplo de celeridad: a comienzos de la revolución industrial Inglaterra o Estados Unidos necesitaban casi 50 años para doblar su PIB *per capita*. China o India lo hacen cada nueve o diez años.

¿Por qué?

La pregunta inmediata es ¿por qué? ¿Qué ha causado este brutal cambio del panorama mundial? Pues sólo sabiendo las causas podremos indagar el futuro.

Y la respuesta es que se trata de un proceso multicausal, como siempre que ocurre algo importante, aunque me atrevo a resaltar cuatro causas entre otras muchas: demográficas, políticas, económicas y, finalmente, tecnológicas.

Y sin duda el alivio del peso de la población, a consecuencia de las tecnologías médicas del control de la natalidad, es una de ellas. Entre 1.950 y

(7) Polanyi, Karl, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, Beacon Press, Boston, 1944, p. 3.

el 2.000 la población de los países emergentes se multiplica por 3,5. Era la fase inicial de lo que los demógrafos han llamado la transición epidemiológica: descenso fuerte de la mortalidad causada por pandemias (hambres y enfermedades infecciosas), mientras la natalidad sigue siendo alta (8). Pero hemos entrado ya en la fase descendente del ciclo y la natalidad se ajusta a la baja mortalidad (la urbanización y la educación de la mujer son claves para este resultado). Por supuesto la población continúa creciendo, pero ya a ritmos muy inferiores de modo que pasaremos de los actuales 6.600 millones a unos 7.500, un crecimiento siete veces inferior. China es el país del mundo en que más mujeres usan métodos anticonceptivos modernos (más del 80%) y ha controlado ya el crecimiento de su población; de hecho decrece y se envejece rápidamente, caso único de país cuya población envejece antes de alcanzar el desarrollo. La India, como veremos, tiene una demografía más sana y continuará creciendo poderosamente hasta sobrepasar a China con 1.600 millones. A nivel mundial, la tasa de fertilidad (9) ha bajado del 4,8 a 2,6 en una generación (pero en el sudeste asiático se ha reducido del 6 al 3,1).

Esta transición tiene además un efecto coyuntural muy beneficioso: el *baby boom*. Pues durante una generación la población se compone de pocos ancianos (pues la mortalidad ha sido alta), pocos niños (pues la natalidad decrece), pero un volumen importante de población activa, lo mismo que ocurrió en Europa y Estados Unidos en los años 60 a 90 del pasado siglo. Una ventaja que, por supuesto, acaba siendo una hipoteca cuando los pocos niños tengan que soportar la jubilación de los muchos adultos.

Una segunda causa es la estabilidad macroeconómica derivada de políticas de ajuste y equilibrio, vinculadas a su vez a procesos de desregulación y privatización y, sobre todo, a la libre circulación de capitales, los «mercados autoregulados» de Polany. Ya nadie cita a Marx ni se usa la palabra capitalismo; no está de moda e incluso se habla (Peter Drucker) de «post-capitalismo». Nada más falso. Pero fue Marx quien habló con entusiasmo de la «gran influencia civilizadora del capital» que arrasa particularismos, aldeanismos y tradiciones para imponer la modernidad y el progreso (10). Pero en

(8) Abdel Omtan, *The Epidemiological Transition. A Theory of Epidemiology of Population Change*, *Milbank Memorial Fund Quarterly*, 1971, p.509.

(9) Tasa de fertilidad = número medio de hijos que cabe esperar por mujer a lo largo de su vida.

(10) El capital, dice Marx en los *Grundrisse*, pasa por encima «de las barreras y perjuicios nacionales, así como sobre la divinización de la naturaleza, liquida la satisfacción tradicional, encerrada dentro de determinados límites y pagada de sí misma, de las necesidades existentes y de la reproducción del viejo modo de vida. Opera destructivamente contra todo esto, es *constantemente revolucionaria*, derriba todas las barreras que obstaculizan el

contra de sus previsiones, no ha sido el control público de los medios de producción, sino la liberalización, la causa del crecimiento. El máximo de propiedad pública de medios de producción se dio hacia 1982, con nacionalizaciones en Asia, América Latina y Europa (la Francia de Mitterrand, por ejemplo). Toda la economía China y casi toda la de la India eran públicas; en aquel momento casi un tercio del PIB mundial era público. Pero el resultado fue catastrófico y en los años 80 y 90 se inició el proceso privatizador que ha abarcado a más de 100 países de modo que en el año 2.000 las empresas estatales producen menos del 4% del PIB en los países desarrollados y alrededor de un 15% en los demás. China crece porque ha liberalizado su economía, no porque es un estado totalitario (o autoritario, como argumenta Bregolat): «China tiene una economía de mercado que cada vez es más difícil de distinguir del capitalismo» (11). Otro tanto la India; crece en tanto que abandona una economía dirigida, estatizada y soviética (12). Como ha demostrado Jagdish Bhagwati, en In Defense of Globalization (13), durante las tres décadas en las que India fue una economía cerrada, creció al 4% pero la población crecía más, de modo que el crecimiento real fue del 1,3%, la llamada con ironía «tasa hindú de crecimiento». Las reformas de 1.991 que permitieron la integración de la India en la economía mundial, llevadas a cabo por el actual primer ministro Singh cuando era ministro de hacienda, (bajada de tarifas, reducción de impuestos, devaluación de la rupia, apertura a la inversión extranjera) impulsaron la economía. Y en las dos décadas últimas el crecimiento estuvo por encima del 5%, acelerándose recientemente hasta alcanzar el ritmo actual del 9,4%.

Pero la libertad económica no da todos sus frutos si no va acompañada de la libertad política. Capitalismo sin democracia y libertades es igual a corrupción (como vemos en China, Rusia y casi todos los petro-Esta-

desarrollo de las fuerzas productivas, la ampliación de las necesidades, la diversidad de la producción y la explotación e intercambio de las fuerzas naturales y espirituales». De ahí, lo que denomina «gran influencia civilizadora del capital», es decir, «la producción de un nivel de la sociedad frente al cual todos los anteriores aparecen como desarrollos meramente locales de la humanidad y como una idolatría de la naturaleza». ¿No está describiendo la globalización? Véase k. Marx, (Grundrisse): Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, Edit. Siglo XXI, Buenos Aires, 1971 (tomo I) 1972, p. 363.

- (11) Eugenio Bregolat, La segunda revolución china, Destino, 2007. «China ya camina hacia la socialdemocracia», asegura el embajador Bregolat.
- (12) Acerca de la (falsa) tesis de la eficiencia económica de regímenes autoritarios véase Michael McFaul y Kathryn Stoner-Weis, The Myth of the Authoritarian Model, Foreign Affairs, enero/febrero 2008.
- (13) Oxford Univ. Press, Nueva York, 2004.

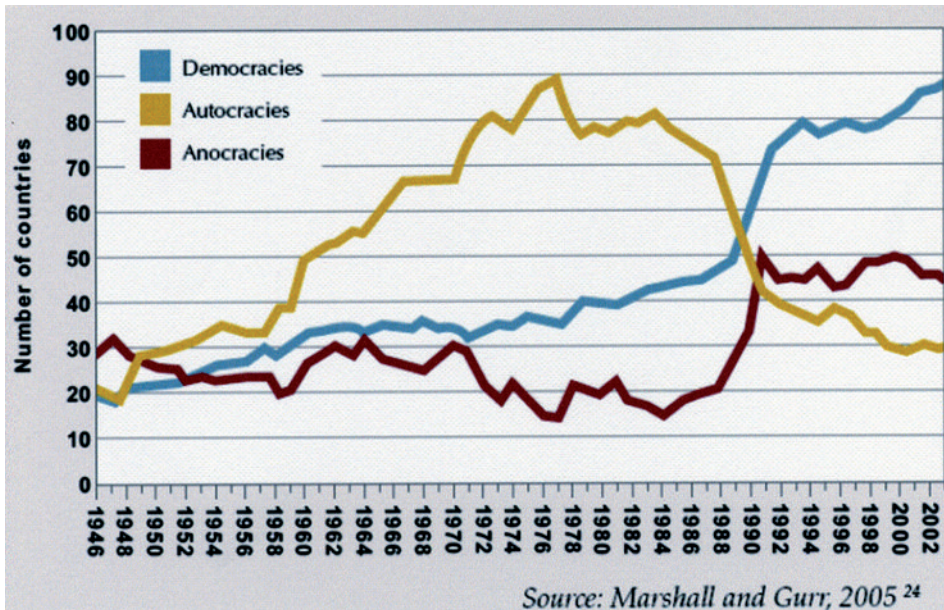


Figura 3. Tercera ola democratizadora.

dos). Y desde luego la democratización de los años 90, la «tercera ola democratizadora» (Huntington), que ha traído libertad económica y desarrollo a numerosos países, es otra causa fundamental. En 1989, con el fin de la guerra fría y el fracaso de la gran ilusión comunista, comenzó una poderosa oleada democratizadora y hoy casi el 50% de los países y el 50% de la población vive en regímenes democráticos (aunque hay excepciones, como el Islam árabe) (14).

Democratización que, junto al fin de la guerra fría, ha generado un notable descenso del número de conflictos armados en el mundo permitiendo cobrar «el dividendo de la paz» y sustituir mantequilla por cañones. Ciertamente disponemos de no pocos ejemplos de países autoritarios con fuertes crecimientos económicos, ya sean dictaduras de derecha (el Chile de Pinochet) o de izquierda (la China actual). Pero no sin ser al menos «Estados de derecho» (no democráticos) que garantizan el *rule of law*, la

(14) Véase Monty G. Marshall y Ted Robert Gurr, *Peace and Conflict. A Global Survey of Armed Conflicts, Self-Determination Movements, and Democracy*, Center for International Development & Conflict Management, 2005, de donde está tomada la ilustración. Puede verse en <http://www.google.es/search?q=mARSHALL+AND+GURR&hl=es&start=10&sa=N>

seguridad jurídica y el control de la corrupción. Y a medio plazo sólo la democracia asegura el *rule of law* y, sobre todo, el control de la corrupción, una de las grandes ventajas comparativas de la India frente a China.

Desde luego la correlación entre democracia y prosperidad no es discutible aunque sí lo es la relación causal y el tema se ha analizado hasta la saciedad. Y quizás la explicación está en las buenas instituciones y buenas prácticas, el *good governance*. Pues los humanos no solo innovamos inventando cacharros, aparatos, *hardware*, cosas. También innovamos inventando *software*, organización, instituciones, reglas, normas, programas culturales. Eso es, por ejemplo, el Estado de Derecho o la ética, como lo son unos buenos códigos de comercio, las leyes de sociedades anónimas, las auditorías, la contabilidad, los registros de propiedad, una judicatura independientes o la hipoteca, y tantas otras instituciones o reglas y normas que reducen la corrupción, eliminan costes de transacción e incrementan la eficiencia. Y sin buenas instituciones no hay tampoco crecimiento. El Banco Mundial especialmente, a lo largo de los últimos años, y movilizado por la nueva economía institucional (D. North), ha mostrado una clarísima correlación entre buen gobierno y prosperidad, pero también entre mal gobierno y pobreza.

La tercera línea de explicación es la puramente económica, pues hay una poderosa lógica económica detrás de todo lo que está ocurriendo. En 1986, y a partir de los datos históricos de Angus Maddison (que comentaré inmediatamente), el economista americano William J. Baumol, en un importante artículo publicado en la «*American Economic Review*», elaboró la tesis de la convergencia de las economías abiertas (15). Y mostró como las economías euroamericanas de la segunda post-guerra (las del hoy G7), habían convergido hacia la del líder, la americana, entre 1870 y 1970 (16). Los Estados Unidos y Gran Bretaña, que en 1900 eran sin duda los países líderes, habían sido atrapados por Alemania, Francia, Italia, e incluso Japón, y hacia 1970 las diferencias de renta *per capita* entre unos y otros eran mínimas. Estados Unidos habría pasado de una renta per capita de unos 5.000 a unos 20.000 dólares. Pero Italia, por ejemplo, que tenía unos 2.000 a comienzos del siglo XX, habría subido a unos 15.000. Todo ello debido a que, después de quince siglos de productividad esta-

(15) William J. Baumol, *Productivity Growth, Convergence and Welfare; What the Long-Run Data Show*, *The American Economic Review*, 76, 5, 1986, pp.1072 ss.

(16) Tanto este gráfico como el siguiente están tomados de la conferencia de Antonio Fatás *World Economic Outlook*, pronunciada en la Fundación Rafael del Pino el 15 de enero del 2007, y que puede verse en la página web de la misma.

ble, en escasas décadas la productividad creció un 1150% en los dieciséis países líderes del proceso industrializador. En concreto, en el Reino Unido creció un 300%, un 800% en Alemania y un 1.700% en Japón.

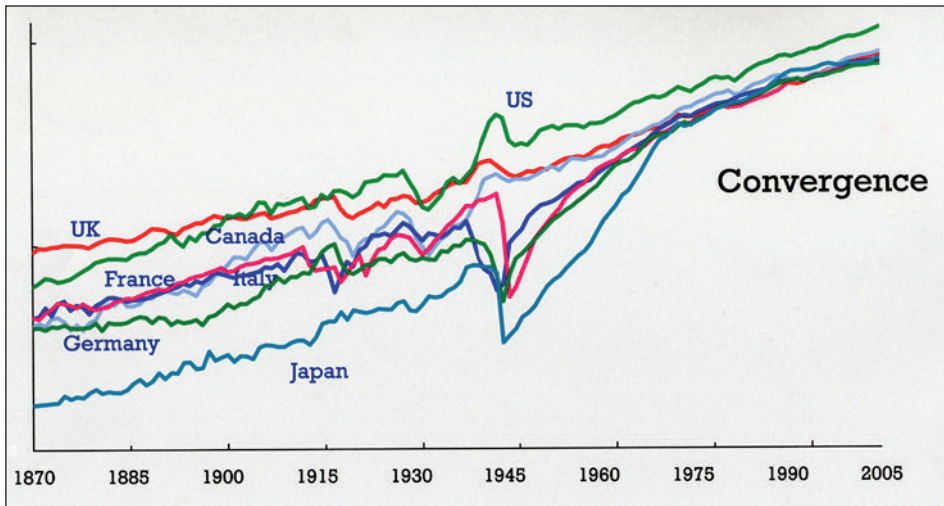


Figura 4. PIB per capita en el G7.

Baumol hablaba ya (recordando al viejo Veblen) del peso o dificultad creciente del liderazgo (*taking the lead*) o (recordando a Gerschenkron) de las ventajas de llegar el último (*relative backwardness*). Su idea central era que es más fácil transferir innovaciones que producirlas, y por innovaciones entendía (como nosotros antes), no sólo la tecnología, sino también las buenas prácticas o las buenas políticas. Unas y otras innovaciones eran bienes públicos: *successful productivity-enhancing measures have the nature of a public good* (17). En resumen: es fácil copiar todo tipo de innovaciones (lo que la antropología clásica ha llamado «difusión»), de modo que, a largo plazo, la productividad media *per capita* se homogeneiza y la riqueza global de un país pasa a depender esencialmente del volumen de la población. Pensemos, por ejemplo, que China necesita 1/5 de la productividad de los Estados Unidos para alcanzar el mismo volumen de producción.

(17) Op.cit., p. 1077.

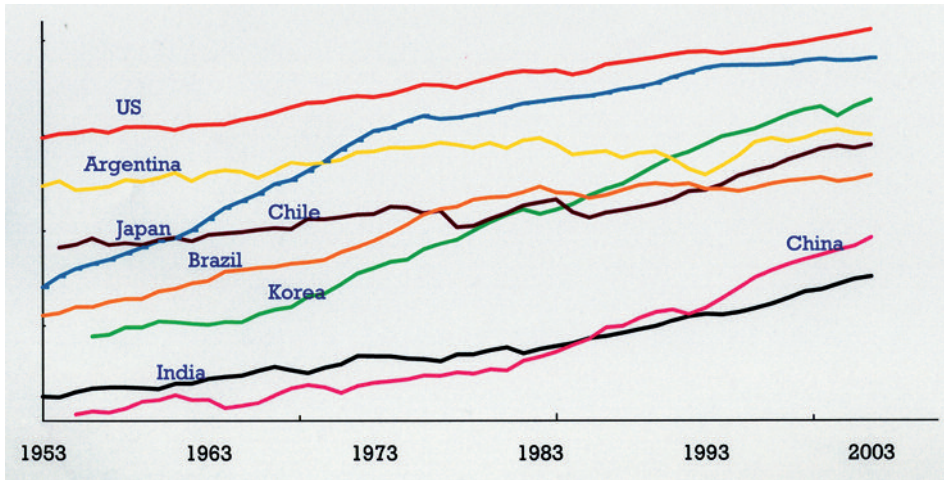


Figura 5. PIB per capita en diversos países emergentes.

Pues bien, el dato evidente es que hoy se incorporan otras economías, también abiertas, a ese mismo proceso de convergencia, sólo que a escala mundial y con economías inmensas. Corea, China, India, Brasil, Rusia, Indonesia, parecen seguir esa misma pauta de convergencia económica. Y aunque pueda sorprender, China crece al mismo ritmo al que crecieron antes los Tigres Asiáticos como Corea o Singapur. Y unos y otros al ritmo al que lo hizo Japón mucho antes. Ni más rápido ni menos rápido. Es pues el mismo proceso de convergencia pero también el mismo ritmo.

Finalmente, las causas más próximas de la actual Gran Transformación debemos buscarla, como siempre en la tecnología (que es, desde siempre, la variable más independiente), y sobre todo en los medios de comunicación. El Imperio Romano es inconcebible sin las calzadas, y los Imperios español o británico sin la navegación y las rutas marítimas. Y no es casual que este incremento de riqueza mundial, que es un incremento de productividad global, siga a la segunda revolución científico-técnica que, comenzando en Estados Unidos en los años 50, se generalizaría en los 90 dando lugar a lo que se ha llamado la sociedad «del conocimiento o de la ciencia», una transformación brutal tanto en los procesos como en los productos (18).

(18) Véase mi libro *Sociedades de cultura y sociedades de ciencia*, Ediciones Nóbel, Gijón, 1996, 261 págs. Premio Internacional de Ensayo Jovellanos 1995. Y más reciente, *La sociedad del conocimiento. El orden del cambio*, en *Libro Homenaje al Profesor José Jiménez Blanco*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2002, pp.429-450.

Pues bien, lo que tenemos es, de una parte, comercio mundial y transporte barato de mercancías. En un apasionante libro titulado *The Box*, «la caja», y subtítulo «De cómo el contenedor de mercancías hizo el mundo más pequeño y la economía mundial más grande» (19), publicado recientemente, el historiador Marc Levinson afirma que «sin contenedor no habría habido globalización» pues una cosa tan tonta, inventado por el americano McLean en 1956, y que se impuso a consecuencia de la guerra de Vietnam, ha reducido el precio del transporte en 36 veces (en 1956 la carga de un barco normal hecha a mano costaba 5,86\$ la tonelada; utilizando contenedor costaba 0,16\$). Y de otra parte, tenemos Internet y la web, un derivado del «complejo militar-industrial» (Eisenhower), de la tecnología militar del Pentágono (de Arpanet), que reduce a cero no solo el coste sino sobre todo el tiempo de transmisión de todo tipo de información digitalizada, y que permite el trabajo a distancia.

El resultado es la misma convergencia de Baumol, pero a escala mundial. Toda aquella ocupación que no requiere relación directa y cara a cara entre el productor y el consumidor puede ser deslocalizada allí donde sea más eficiente, más barata en definitiva. Un peluquero, un portero o un cocinero, una masajista o un médico, tienen sus trabajos asegurados. También los mecánicos que arreglan automóviles o los técnicos de ordenadores. Pero los contables, los programadores, los asesores bursátiles, los *call-center* y casi todos los trabajos fabriles, se pueden deslocalizar. Y eso es lo que está ocurriendo para beneficio de unos (en general los más pobres del mundo), y perjuicio de otros. Y así

- el transporte permite la des-localización de la industria, de los obreros, los viejos *blue-collar*; y de eso se aprovecha China, que es ya la gran fábrica del mundo de modo que la etiqueta *Made in China* es ubicua en nuestro hogares y bolsillos.
- e Internet, que permite la deslocalización del trabajo de oficina, de los asalariados, los *white-collar*; y de lo que se aprovecha la India, que es ya el *backoffice* del mundo angloparlante.

China genera *hardware*, productos; India genera *software*, programas. Basta ver la composición de sus economías. La de China se basa en la manufactura y la exportación de productos, aunque avanza rápidamente en el sector servicios que genera ya el 40% del PIB. La de India es singular mostrando que es posible pasar de una sociedad agrícola a otra de

(19) *The Box. How the Shipping Container Made the World Smaller and the World Economy Bigger*, Princeton University Press, 2006.

servicios: la agricultura da empleo al 60% pero son los servicios quienes producen el 54% del PIB mientras que su sector industrial es menos de la mitad (y la mitad del de China). Concretamente las exportaciones de servicios, en particular, de tecnologías de la información (STI) pasaron de 6.300 millones a 22.000 millones creciendo más del 700% en el período 1994-2003 a causa del *offshore outsourcing*. La de Brasil, otro gigante, está más equilibrada, pero también con un peso muy fuerte, más del 50%, de los servicios. Otros, como Rusia o Arabia Saudita, como sabemos, reposan en el gas o el petróleo y sufren la maldición de ser petro-Estados (20).

Pero, vistas en conjunto las exportaciones de los países emergentes no sólo han crecido sino que se han diversificado. Hace treinta años las manufacturas representaban menos del 20% del total de sus exportaciones, los productos agrícolas eran un 50% y los minerales el resto. Hoy las manufacturas son casi el 80%, con una composición variada: maquinaria y equipamiento, textiles, productos químicos o farmacéuticos y TI. Y no solo exportan, también importan. En concreto las importaciones chinas se han multiplicado por cinco entre el 2.000 y el 2.005, tirando de otras economías (por ejemplo las de América Latina, cuyo comercio bilateral con China ha crecido un 250% en sólo cuatro años).

Y cuidado, pues en este gigantesco proceso de deslocalización ni siquiera los puestos de alta capacitación se ven libres del riesgo de deslocalización si en otro sitio hay trabajadores igualmente capacitados y más baratos. China e India empiezan a tener excelentes universidades compitiendo con las europeas y producen cada año 1,2 millones de científicos e ingenieros, tantos como USA, Europa y Japón juntos. Solo China produce ya más que la UE: unos 520.000 versus 480.000. Y sólo la India produce tantos ingenieros capaces de trabajar en multinacionales como el Reino Unido y más que Alemania. Hegel aseguraba que China es un pueblo sin historia porque «transmite, no innova». ¿Es esto cierto? Puede, pero China invierte ya en I+D tanto como Japón. Y China e India, con cerca de 450 millones de usuarios de internet respectivamente, casi doblan los poco más de 200 millones que hay en Europa o Estados Unidos. Y China acaba de presentar a los medios de comunicación su primer avión de pasajeros, el Fénix Volador, y que competirá, no sólo con Airbus (que con-

(20) Véanse los excelentes trabajos de Pablo Bustelo en la web del Instituto Elcano. Por ejemplo (hay bastantes más), *El auge económico de China y su impacto internacional*, ARI, 100, 2007; *El auge económico de China e India y sus implicaciones para España*, DT, 31, 2007. *India, las dos caras del desarrollo económico*, ARI, 73, 2006.

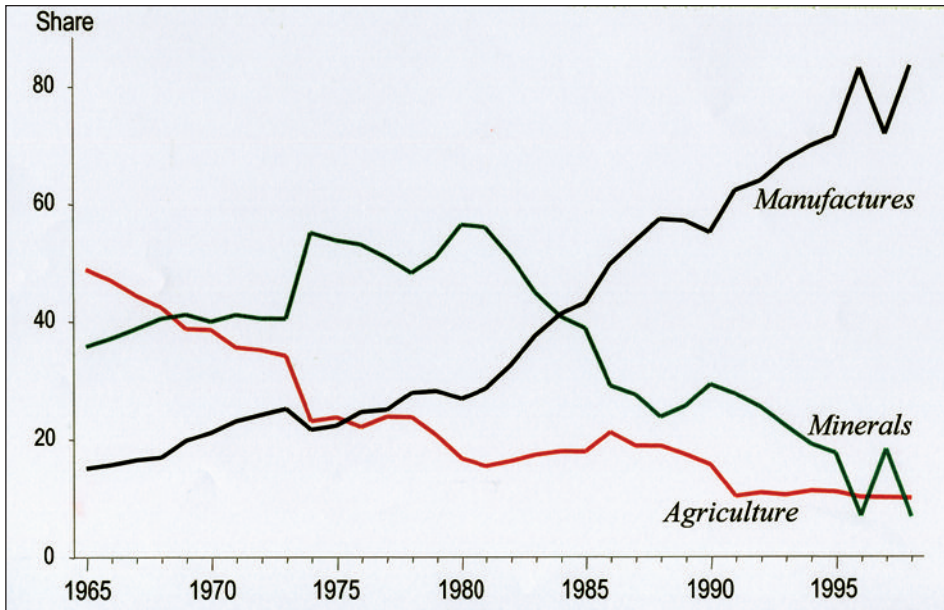


Figura 6. Diversificación de exportaciones en países emergentes.

trola el 30% del mercado mundial) y Boeing (que controla otro 30%), sino con aviones producidos por otro país emergente: Brasil (Embraer).

Además, los nuevos países empiezan a ser la pesadilla de los *boardrooms* occidentales. Un informe reciente del Boston Consulting Group nos recuerda que los países emergentes tienen ya no menos de cien poderosas multinacionales en sectores punteros: farmacia, química, aeronáutica, TI. El año 2006 los cinco principales países emergentes invirtieron 75 mil millones de dólares fuera de sus fronteras, 55 mil de ellos en países del área OCDE. China tiene no menos de ocho grandes multinacionales capaces de competir en el mercado mundial. Empresas enormes como China Mobile, Shanghai Baosteel, CNOOC, Haier, Hisense o Lenovo (21). Hace algunos meses salía a bolsa el Industrial and Commercial Bank of China (ICBC) y, por supuesto, es una vez más, colosal: la ma-

(21) Marcos Aguiar, Arindam Bhattacharya, Laurent de Vitton, Jim Hemerling, David C. Michael, Harold L. Sirkin, Kevin Waddell, Bernd Waltermann, Kim Wee Ko, *The 2008 BCG 100 New Global Challengers: How Top Companies from Rapidly Developing Economies Are Changing the World*, The Boston Consulting Group, Diciembre, 4, 2007. Véase también de Antoine Van Agtmael, *The Emerging Markets Century: How a New Breed of World-Class Companies Is Overtaking the World*, The Free Press, 2007.

yor oferta pública de valores de la historia que da lugar al quinto mayor banco del mundo.

Y otro tanto la India, que goza de la ventaja de una formación empresarial angloamericana y, por supuesto, del dominio del inglés. Las multinacionales como Tata Steel, Mittal, Reliance e Infosys son líderes en su sector, han demostrado resultados financieros extraordinarios en los últimos años y están desarrollando planes de expansión internacional a través de fusiones y adquisiciones para reforzar su posición competitiva en el mercado, multinacionales competitivas a nivel mundial cada vez más temidas por las ya establecidas. La compra de Arcelor por Mittal fue un aldabonazo que vemos repetido una y otra vez con adquisiciones multimillonarias de CEMEX en Australia, CVRD en Canadá o Tata Steel en Inglaterra.

UNA MIRADA AL PASADO; OTRA AL FUTURO: EL MUNDO DEL SIGLO XXI

Pero antes de mirar hacia delante para indagar el eventual desarrollo futuro de esos procesos debemos recular para tomar distancia con nuestros presente y preguntarnos si esto que ocurre es tan nuevo. Miremos pues al pasado para ubicar el presente en un marco más amplio, antes de intentar saltar hacia adelante.

Pues, de entrada, debemos decir que se trata de países que, en contra del estereotipo de Napoleón, jamás durmieron y, de hecho, despertaron bien pronto, mucho antes que nosotros. La civilización del río Amarillo es coetánea con Mesopotamia y Egipto de modo que hablamos del 5.000 a.c. China es como si la antiquísima cultura egipcia siguiera viva y escribiendo con jeroglíficos. Otro tanto es la India. La civilización del río Indo (Harappa y Mohenjo-Daro), es de las mas antiguas el mundo floreciendo al tiempo que lo hacían otras civilizaciones fluviales como Egipto, Mesopotamia o el Río Amarillo, y en ella encontramos un antecedente de la democracia comparable con el griego (A. Sen).

Para el siglo X la entonces capital de china, Cha'ng-an, contaba con no menos de un millón y probablemente más de dos millones de habitantes. Mientras, Bagdad, Constantinopla o Córdoba, eran todas de menos de medio millón y la capital de la Europa de Carlomagno, Aix-la-Chapelle, no llegaba a ser un pequeño barrio de Ch'ang-an. En el siglo XV nadie sensato hubiera apostado por Europa como conquistadora del mundo. Hoy sabemos que China pudo descubrir América; tenía tecnología de

construcción naval y de navegación muy superior a la occidental, incluida la brújula. Por qué no quiso hacerlo es un tema apasionante sobre el que solo tengo hipótesis, pero sabemos que pudo.

Y no era una actividad aislada. China sobrepasaba a Occidente en hidráulica, aleaciones, cerámica y textiles, y disponía de cepillos de dientes, paraguas, cerillas, pólvora, papel y tinta para escribir y había desarrollado la imprenta. Otro tanto la India, aunque ya entonces se orientaba al *software*. Amartya Sen ha demostrado como la tradición escéptica, agnóstica y racionalista se remonta al *Rigveda*, compuesto en el 1.500 a.c. El emperador Ashoka, en el siglo III a.c. practicaba la tolerancia religiosa. El primer libro impreso en el mundo fue un tratado hindú en sánscrito, traducido al chino y editado en el siglo V. Un producto de la globalización no occidental, como nos recuerda Sen, pues el traductor fue un académico medio turco medio hindú que vivió en el Turkistán y emigró a China. El sistema decimal surgió y se desarrolló en la India entre los siglos II y VI antes de ser utilizado por los matemáticos árabes para llegar a occidente en el siglo X, y en el XV conocían perfectamente el número *pi*.

Nunca durmieron y lo que ocurre hoy es que el mundo entero se reajusta para regresar a un reparto de poder y riqueza previo a la Revolución Industrial y la gran expansión europea por el mundo. Que comenzó con los que Toynbee llamó *Iberian pioneers*, portugueses y españoles, a finales del siglo XV, y cuyo cenit fue la segunda post-guerra, momento en el que el 80% de la población y el 80% del territorio del mundo estaba bajo mandato de potencias europeas. Fue el punto más alto del poder de Occidente. Pero el punto más alto es siempre el comienzo del descenso. La descolonización posterior a 1.945 (pero que se prolongo hasta los años 80) dio la independencia, la soberanía política, a más de medio mundo; la India fue uno de ellos en 1.947. Y ahora se trata de la independencia, la soberanía, económica. El historiador británico Geoffrey Barraclough lo vio con nitidez en 1956: «Cada época necesita su visión de la historia y hoy necesitamos una nueva visión del pasado europeo adaptado a nuevas perspectivas en las que la vieja Europa entra en una nueva era de política global y civilización global...que sólo un punto de vista universal puede elucidar». Pues «nuestra era global no conoce ni fronteras geográficas ni culturales» (22).

(22) Conferencia sobre *El fin de la historia europea* impartida el 16 de febrero de 1955 e incluida en su libro *History in a Changing World*, University of Oklahoma Press, Norman, 1956. Las citas sonde las pp. 205 y 220.

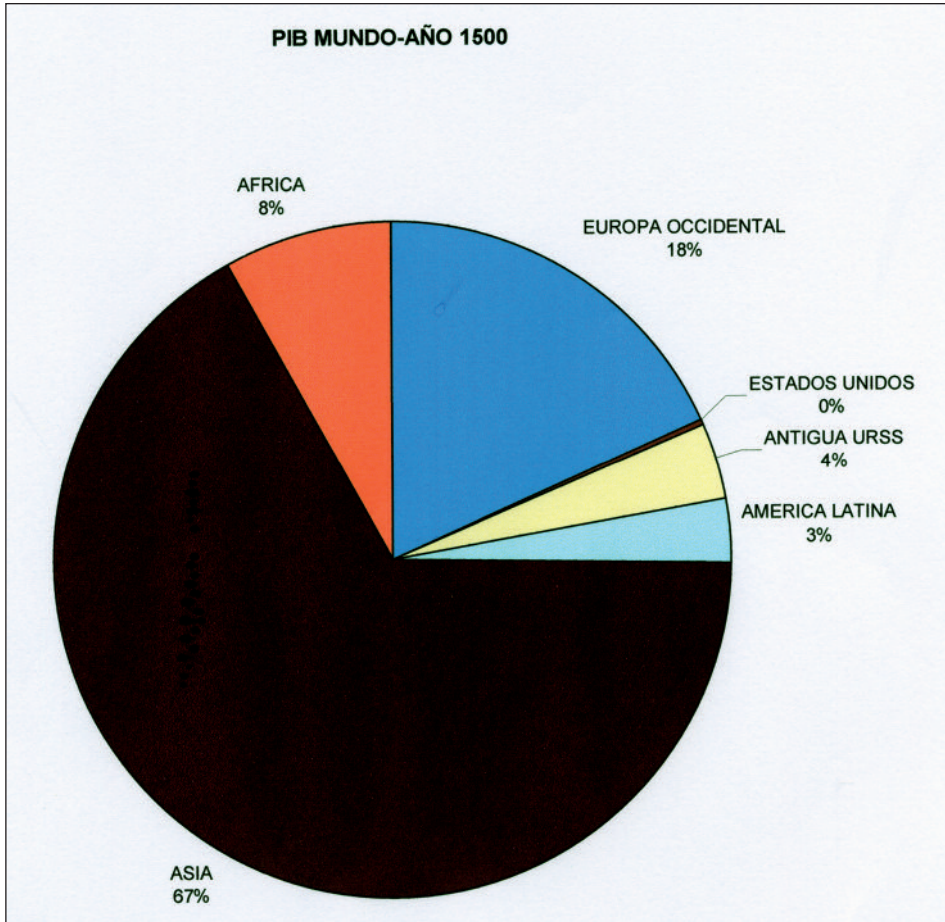


Figura 7.

Pero recordemos que, según los datos del historiador económico Angus Maddison (que pueden verse en la web) (23), en el año 1.000 Asia era más del 70% del PIB mundial mientras Europa occidental no llegaba al 10%, porcentajes que se habían aproximado (al 67 y 18% respectivamente) hacia 1.500 pero se mantenían hacia 1820 (en el 61% y 24% respectivamente). De hecho, hasta aproximadamente 1.700 las economías de China, India y Europa occidental eran muy similares. En el XVIII China se despegó de Europa y de la India, pero es atrapada en el XIX, el «siglo de

(23) <http://www.ggd.net/Maddison/>

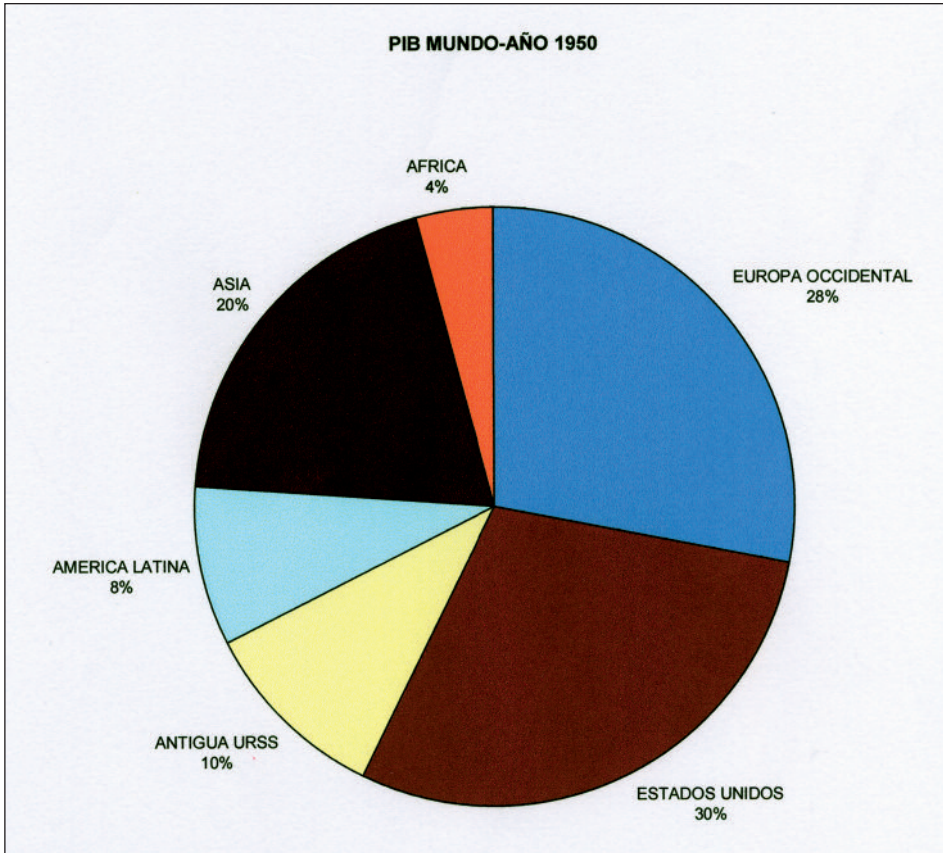


Figura 8.

la humillación». Europa despegará hacia 1850 y los Estados Unidos hacia 1900. Y el resultado es que hacia 1.900 Asia será sólo el 30% del PIB mundial y todavía menos (el 20%) en 1.950.

Pero en una fecha tan próxima como 1.820 las hoy llamadas economías emergentes eran en conjunto el 70% del PIB mundial, el PIB de China era el mayor del mundo, más del 30% del total, 6,4 veces el británico, y el de India era tres veces el británico. China e India eran el 50% del PIB mundial en 1820, pero solo un 10% siglo y medio después.

De modo que no dejaba de tener razón el emperador chino cuando le dijo a Lord McCartney que no tenían necesidad de manufacturas británicas. Y tienen razón de nuevo cuando aseguran ahora que sólo pretenden

ocupar el lugar que tuvieron siempre. Estamos presenciando el final de una excepción, de una anomalía histórica de desajuste brutal entre población de una parte, y productividad y riqueza por otra. Afortunadamente, aunque tenga costes en deslocalización, desempleo y reciclaje para nosotros.

Y después de mirar el pasado, veamos el futuro. ¿Qué tendencias demográficas o económicas podemos discernir?

Veamos primero las demográficas pues, si la demografía es el destino (como decía Augusto Comte), los occidentales lo tenemos de frente. En 1950 cuatro de los diez países más poblados del mundo eran occidentales y tres de ellos europeos: USA, Alemania, Reino Unido e Italia (Francia era el onceavo). Para el año 2.000 ya solo quedaba uno europeo (Alemania). Pero en el 2.050 no habrá ningún país europeo en la lista de los diez más poblados, ni siquiera Rusia, pero sí dos africanos, tres americanos (USA, Brasil y México, ya líder indiscutible del mundo hispano-hablante), y nada menos que cinco asiáticos. La India, con 1.600 millones y China con 1.400 serán entre el 30 y el 40% de la población del mundo. Para entonces Europa será sólo el 7%, Estados Unidos y Canadá juntos, otro tanto, y todo el viejo Occidente (Europa y las dos Américas), algo menos del 20%, la mitad que India y China (24).

Otro dato: en 1900 seis de las diez ciudades mayores del mundo eran europeas. En 1950 todavía quedaban tres. Hoy no hay ninguna europea y solo una occidental: Nueva York. Tres de las diez ciudades más pobladas del mundo son indias: Delhi, Bombay y Calcuta. Solo las dos primeras serán en breve tan grandes como toda España.

¿Y que pasara con la economía en el futuro? Disponemos de dos valiosos estudios, uno de Goldman Sachs sobre los BRIC del 2003, que dio el aldabonzazo (ya citado), y otro de Price Waterhouse, del 2006, ambos coincidentes aunque el estudio de Price es mas completo al comparar el G7 ampliado (US, Japón, Alemania, UK, Francia, Italia y Canadá, más España, Australia y Corea del Sur) con las siete mayores economías emergentes, el E7: los cuatro BRIC más Indonesia, México y Turquía (25).

(24) Véase *Tendencias demográficas en el mundo*. Informe del Secretario General, Consejo Económico y Social, Naciones Unidas E/CN.9/2007/6

(25) John Hawksworth, *The World in 2050. How big will the major emerging market economies get and how can the OECD compete?* PriceWaterhouseCoopers, Marzo 2006. Estando ya en prensa este trabajo aparece una actualización de esta investigación cuyos resultados son similares aun cuando refuerza el crecimiento de la India (y de Brasil y otros países) en relación con el de China.

Pues bien, según PriceWaterhouse para el 2.050 el E7 habrá superado al G7 en casi un 20%. El PIB de China será como el de Estados Unidos y el de India el 58% del americano, tanto como Alemania, Inglaterra y Francia juntas. Por supuesto hablo en dólares corrientes pues en paridad de poder adquisitivo China será 1,5 veces la economía americana y la India tanto como los Estados Unidos y el doble de la UE. Y también en renta per capita: en PPP la de China será, en el 2.050, algo inferior a la americana de hoy, y la de la India, México o Turquía equivalentes a la actual de España, unos 22.000 dólares.

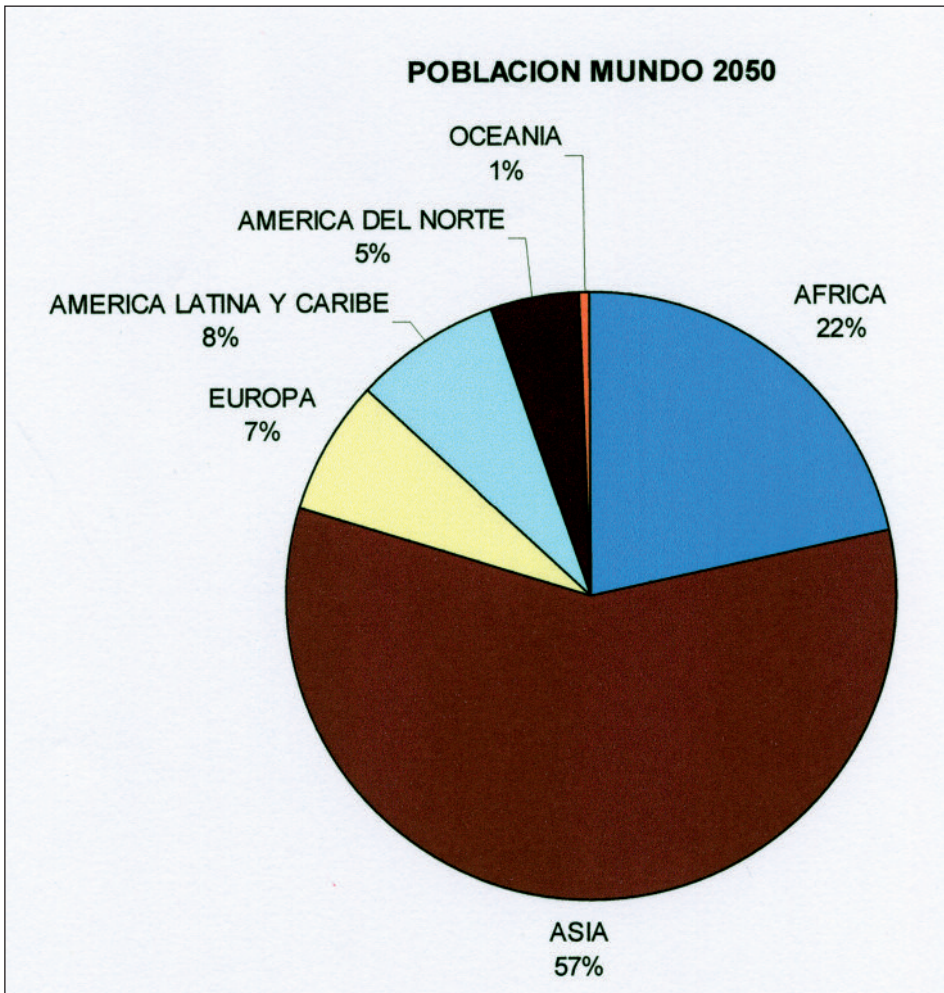


Figura 9.

Projected relative size of economies in 2005 and 2050 (US=100)

Country (indices with US0=100)	GDP at market exchange rates In US \$ terms		GDP in PPP terms	
	2005	2050	2005	2050
US	100	100	100	100
Japan	39	23	32	23
Germany	23	15	20	15
China	18	94	76	143
UK	18	15	16	15
France	17	13	15	13
Italy	14	10	14	10
Spain	9	8	9	8
Canada	8	9	9	9
India	6	58	30	100
Korea	6	8	9	8
Mexico	6	17	9	17
Australia	5	6	5	6
Brazil	5	20	13	25
Russia	5	13	12	14
Turkey	3	10	5	10
Indonesia	2	19	7	19

Figura 10. PIB en el 2050 comparado con el de Estados Unidos.

No necesito añadir que todo ello genera cambios brutales en el trabajo, el consumo o la pobreza. En el consumo: la actual clase media de países emergentes se triplicará al pasar de los 400 millones que ya hay a unos 1.200 millones, casi dos veces más de lo que hoy suponen Europa, USA y Japón juntos. Todos con automóvil, lavadora, televisión, teléfono, etcétera. O en trabajo: en 1975 había unos 2.200 millones de trabajadores en el mundo, pero en el 2.050 se habrán doblado hasta los 5.400 millones. La mayoría, casi 1.000, en la India; otros 800 en China, más del doble de lo que habrá en Estados Unidos, Europa y Japón juntos.

Y algo fundamental, la pobreza, que desciende en todas partes menos en África. Al parecer nadie se fija en esto; todo el mundo se fija en la desigualdad. Pero aparte de que esto no está nada claro (crece la desigualdad dentro de los Estados pero no entre los Estados y en el mundo), lo im-

portante, lo que era y es obsceno e inadmisibile, es la pobreza absoluta, la miseria y la malnutrición, y esa decrece indiscutiblemente. El éxito mayor de China es sin duda la reducción de la pobreza. Según Ravaillon y Chen, entre 1981 y el 2001 la proporción de pobres bajó del 53% al 8%, de 650 millones a 100 millones. Más de 500 millones habrían abandonado la indigencia y la malnutrición y entre 200 y 300 millones estarían entrando en el bienestar. Los datos de Sala-i-Martin son más espectaculares: una reducción de 600 millones, de modo que para el 2001 China había cumplido ya los objetivos del Milenio fechados para el 2015, con catorce años de adelanto.

Y otro tanto en la India. Según el Banco Mundial, la pobreza (medida por unos ingresos diarios inferiores a 1,08 dólares en paridad de poder adquisitivo) ha pasado del 55% de la población en 1975 al 26% en 2001, menos de la mitad, aunque esa proporción es todavía muy elevada y el descenso ha sido mucho menos rápido que el de China. De hecho, uno de los motores de la economía india es el consumo privado que ha aumentado mucho como consecuencia de la consolidación de una ya numerosa clase media. Según el National Council of Applied Economic Research (NCAER), un prestigioso *think tank* de Delhi, el número de personas con una renta anual entre 4.000-23.000 dólares habría pasado de de 24 millones a 87 millones.

No son fenómenos aislados. En 1990 aproximadamente el 25% de la población de los países subdesarrollados vivía con menos de un dólar al día; pero de mantenerse el actual ritmo de crecimiento el porcentaje será del 10% en el año 2.015. La renta *per capita* del 20% más pobre ha aumentado en todas partes, salvo quizás en Latinoamérica. En Asia ha crecido un 4%, y un 2% en África.

La consecuencia casi inevitable es que la desigualdad crece también. La igualdad es fácil de conseguir (casi inevitable), en condiciones de extrema pobreza pero a medida que aumenta la riqueza tiende a hacerlo la desigualdad. El coeficiente de Gini en China creció del 0,30 en 1982 a 0,45 en el 2002, un 50% en dos décadas y China ocupa el lugar 90 de 131 países. Pero no exageremos; si la desigualdad importa es porque hay aun mucha pobreza, pero es menor que en los Estados Unidos. Y la desigualdad es todavía menor en la India. Ni China ni India son (¿todavía?) sociedades duales como Brasil o México, con distribuciones de la renta bimodales. Y aunque la desigualdad haya crecido en China o India, la globalización sí ha contribuido a reducir sus distancias con los países desarrollados.

Pero la gran pregunta en relación con el futuro es la siguiente: ¿es este ritmo de crecimiento mundial, de emergencia de inmensas potencias, sostenible? En solo diez años, el consumo de los BRIC de acero, aluminio y cobre se ha triplicado de modo que en el período 2000-2006 el precio del cobre creció un 271%, el del zinc un 190%, el plomo un 182%, el níquel un 180%, y así sucesivamente con el caucho, el petróleo, el oro, e incluso el azúcar, cacao, aceite, trigo, arroz. Sólo China es ya el mayor consumidor de cobre, estaño, zinc, platino, acero y hierro, y uno de los mayores importadores de aluminio, plomo, níquel y oro. En 2003 consumió el 50% del cemento mundial, el 36% del acero y el 30% del hierro, zinc, estaño, aluminio, plomo y el cobre. Hoy representa la tercera parte del aumento de la demanda mundial de crudo y es el segundo consumidor mundial después de EEUU.

Pensemos sólo en la energía. Europa tiene sólo el 2% del total de las reservas mundiales de petróleo, pero consume el 20%. Asia-Pacífico tiene sólo un poquito más de reservas, un 3,5%, pero consume más que Europa: casi un 30%. Y mientras tanto, Oriente Medio, con casi el 62% de las reservas, consume sólo un 7,5%. Y otro tanto podríamos decir del mercado del gas ¿Cómo organizar el mercado de la energía sin entrar en batallas (¿guerras?) por asegurar el abastecimiento? ¿Y qué pasará con pequeños países, como España, con una dependencia energética que supera el 70%, dependencia superior a la de la OCDE, e incluso a la de Estados Unidos? Presiones de demanda que se trasladan también a los alimentos; por ejemplo se estima que el consumo chino anual de carne ha crecido de 44 libras en 1985 a 110 hoy. Afortunadamente, por supuesto, pero presionando al alza en los precios de todo el mundo. Son los dilemas de la prosperidad, más que los de la pobreza, lo que nos amenaza (26).

De modo que la gran pregunta hoy, la que define el panorama estratégico del siglo XXI es la siguiente: la incorporación de China, India y otros grandes países como Indonesia, Brasil, México, ¿será como la de finales del XIX, la incorporación de Alemania tras la unificación de Bismarck, Japón tras la restauración Meiji, y los Estados Unidos tras la guerra civil, con sus respectivos ritmos de crecimiento y demandas de recursos y materias primas, de lo que se llamó entonces «espacio vital», *lebensraum* (Ratzel)? Los más pesimistas sostienen la comparación, e incluso en el escenario europeo la lucha por el abastecimiento ya ha comenzado y Alemania se entiende con Rusia al margen de la UE. Pues bien, aquello, la incorporación de tres nuevas grandes potencias, las que marcarían el siglo XX, cos-

(26) Michael Bergson, *A Prosperity Dilemma*, *Washington Post*, 16 de enero de 2008.

tó no menos de dos guerras mundiales. Esperemos que la humanidad haya aprendido de sus errores y esta brutal crisis de crecimiento y prosperidad sepamos gestionarla mejor.

Pero ¿cómo?

LA AGENDA DEL DESGOBIERNO EN LA SOCIEDAD-MUNDO

¿Cómo gestionar el mundo?

Muchos piensan que a través del sistema de Naciones Unidas. Pero lamentablemente, para esa tarea, la ONU, que es insustituible e imprescindible (no olvidemos que se trata del único organismo formalmente competente para autorizar el uso de la fuerza), es un mal instrumento. Creada en la segunda post-guerra y alimentada en los años de la guerra fría, se aviene mal con un mundo globalizado. Y ello por tres sólidas razones.

Para comenzar las Naciones Unidas no son tal, sino unos Estados unidos (27), un parlamento westfaliano de 192 Estados soberanos que abarcan desde Luxemburgo o Malta a China y la India, de absoluta desigualdad en todos los órdenes salvo en Naciones Unidas. Una soberanía magnificada y casi fetichizada hasta hacer de ella la base del mismo sistema ONU: *los Estados son iguales jurídicamente; cada Estado goza de los derechos inherentes a la plena soberanía; cada Estado tiene el deber de respetar la personalidad de los demás Estados; la integridad territorial y la independencia política del Estado son inviolables*. Así reza la Declaración sobre los principios de Derecho Internacional referentes a las relaciones de amistad y cooperación entre los Estados de conformidad con la Carta de las Naciones Unidas, aprobada por la Asamblea General el 24 de octubre de 1970 (Resolución 2625/XXV). Nada pues de «soberanía limitada» ni del «deber de proteger».

Por lo demás, el número de Estados se ha cuadruplicado desde la segunda guerra mundial a causa de la descolonización primero y la ruptura de la Unión Soviética después. Si comparamos las dificultades de articulación de Europa entre Estados grandes, medianos y pequeños, cuya diversidad esta lejos de poderse comparar con la de la ONU, comprendemos que este es un organismo inevitablemente no operativo. Jamás los

(27) Paradójicamente –y como ha señalado Giovanni Sartori en alguna ocasión– son los Estados Unidos, quienes son unas naciones unidas, una nación de naciones. Véase G. Sartori, *La sociedad multiétnica*, Taurus, Madrid, 2001, p.51.

Estados grandes y poderosos del mundo permitirán que un conjunto de mini-Estados aprovechen la ONU para marcarles el camino a seguir. No lo permiten los Estados Unidos, pero tampoco Rusia o China. La ONU representa países, no población; no es un parlamento sino un organismo internacional, agrupa Estados, no personas, y no es un germen de democracia mundial como es percibida por la población.

Además, las Naciones Unidas carecen de fuerza que apoye sus resoluciones salvo que esta le sea proporcionada por quienes sí la tienen, que evidentemente lo harán en función de sus propios intereses. Las resoluciones de Naciones Unidas carecen de una fuerza de imposición y son papel mojado una y otra vez. No sólo Iraq, también Israel o Sudán o Irán, pueden violar reiteradamente sus resoluciones sin temor alguno. De modo que es una máquina impotente y seguimos careciendo de una agencia de *law enforcement* internacional. La ONU incluso depende de las contribuciones de los Estados para financiar su presupuesto, contribuciones que le serán concedidas o denegadas según intereses cambiantes.

Finalmente, y más problemático aún es el hecho de que de los 192 Estados que la componen, solo el 46% pueden ser considerados democracias verdaderas, otro 29% lo son de nombre y otro 25% ni lo pretende siquiera. De hecho casi uno de cada tres humanos vive bajo regímenes despoticos de uno u otro signo. La declaración de la Carta de la ONU del respeto a los derechos fundamentales no puede ser llevada adelante por un organismo en el que, primero Siria y más tarde Libia, presiden la Comisión de Derechos Humanos, reformada en el 2006 para dar lugar al actual Consejo de Derechos Humanos, en el que se sientan sin rubor Cuba, China, Egipto, Arabia Saudita o Rusia. Iraq, todavía bajo Saddam Hussein, fue elegido para presidir la comisión de desarme; afortunadamente lo rechazó.

Es evidente pues que la ONU requiere una reforma radical si debe servir para la gobernabilidad del mundo, pero ya fracasó una (lo intentó Kofi Annan) y probablemente fracasará cualquier otra. Su desprestigio es hoy grande y sólo los europeos parecen tener confianza en la ONU. Así, preguntados los ciudadanos de nueve grandes países acerca de la si la ONU es o no un «poder mundial» hoy, el 68% de los británicos y el 67% de los alemanes responden que sí, pero sólo lo hacen el 9% de los brasileños, el 12% de los rusos, el 21% de los japoneses, el 28% de los chinos y el 26% de los indios (porcentajes similar al de los americanos, por cierto: un 23%) (28).

(28) Véase el sondeo de opinión pública *Who Rules the World*, Berlin, Octubre 2007, realizado para la Fundación Berstelmann.

Pero en ausencia de un verdadero orden internacional (es decir, interestatal) que permita, no ya el gobierno, pero al menos una gestión, un *management*, del mundo, lo que emerge es una sociedad global, mundial, una sociedad-mundo, que salta por encima de Estados y fronteras y deja obsoletos los organismos internacionales basados en la igualdad de Estados soberanos. Nueva sociedad que progresivamente exige, no otro orden internacional más, sino algo cualitativamente nuevo: un super-Estado o una democracia-mundo.

Ya al acabar la segunda guerra mundial escribía Ernest Jünger: «esta guerra civil mundial ha sido la primera obra común de la humanidad. La paz que le ponga término habrá de ser la segunda...La historia humana esta tendiendo con apremio hacia un orden planetario.» Y ciertamente, el orden bipolar de la larga posguerra fue ya, no un orden europeo, sino planetario, en el que dos ideologías se disputaban la hegemonía del mundo haciendo inútiles con sus vetos a las Naciones Unidas. Tras 1989 ese orden planetario pasó a reposar en dos patas: de una parte un Occidente articulado por la alianza atlántica, y de otra, las Naciones Unidas, que tuvieron por vez primera una seria oportunidad. La primera Guerra del Golfo fue una exhibición de lógica internacional en la que las democracias del mundo, amparadas por la ONU, hacían oír con firmeza su razón pero también su voluntad. Algunos creímos intuir entonces el comienzo de la lenta emergencia de un Estado democrático mundial. Fue un momento de optimismo.

Pero la globalización ha alterado el panorama, hoy el mundo tiene más problemas que soluciones y emergen por doquier problemas nuevos, hace décadas inexistentes o abordables por los Estados, pero que sólo admiten ya tratamientos transnacionales, planetarios, una agenda emergente de problemas, que es la agenda del desgobierno mundial y que es el producto de la globalización imparable del mundo. Agenda que, si tratáramos de explicarla, abarcaría al menos diez dimensiones de las que las tres primeras son sin duda el nuevo «triángulo del mal» compuesto por 1) el nuevo terrorismo internacional, de raíz islamista, forma post-moderna de guerrilla urbana, de guerra asimétrica. En conexión con 2) la proliferación de armas de destrucción masiva nucleares, biológicas o químicas (NBQ). Y estas a su vez vinculadas a 3) la emergencia de Estados fallidos, no menos del 10% de los 200 Estados que componen el mundo. Todo ello con frecuencia lubricado por 4) el narcotráfico, la delincuencia organizada y el blanqueo de dinero; pensemos que el blanqueo de capitales representa (según el FMI), más de un billón de euros al año, más que el PIB espa-

ñol (octava economía del mundo) Y reforzado finalmente por 5) la geopolítica de la energía mundial, dependiente de Oriente Medio y Rusia, y sometida a presiones crecientes por la emergencia de nuevas potencias, verdaderas aspiradoras de los recursos naturales del planeta.

A lo que debemos añadir todo aquello que circula por las porosas fronteras de los Estados en que se articula políticamente el mundo, a saber:

1. Personas: ya hay 200 millones de emigrantes en una oleada mundial sin parangón desde finales del XIX que continuará imparable a medida que se acentúen las disparidades demográficas y de renta.
2. Capitales, pues el volumen de transacciones diarios sólo en los mercados de divisas es de 1,3 billones de dólares, generando una extrema volatilidad de los mercados financieros.
3. Mercancías: Al tiempo que la base de la economía y la riqueza pasa de la propiedad inmueble (la tierra) a la mueble (los valores), y desde esta a los intangibles (las patentes, diseños, marcas y logos), la piratería y el control de la propiedad intelectual devienen problemas importantes.
4. Residuos de todo tipo, aflorando inmensos problemas medioambientales (mares, polución atmosférica, calentamiento global, residuos tóxicos), de urgente resolución.
5. Y finalmente, algo que siempre ha circulado generando problemas: los virus, con riesgos de epidemia y problemas sanitarios globales (como el SIDA o el SARS). Basta pensar que el número de turistas internacionales portadores de virus por todo el mundo ascendió de 230 millones (1976) a 900 (2006).

Por decirlo de otro modo, hoy la economía, la política, la seguridad, la ciencia, la opinión pública, el clima, incluso los virus, son ya globales. Pero las gobernanzas, las democracias, los Estados y las arquitecturas políticas son locales. Tenemos una economía-mundo, como vio Wallerstein hace años (29). Pero también una ciencia-mundo y una tecnología-mundo, una moda-mundo, incluso (al menos *in statu nascendi*) una opinión pública-mundo y una cultura-mundo (cine mundial; literatura y arte mundial). Lo único que es local son las democracias, los gobiernos y los Estados en que se articulan.

Una globalización que multiplica los riesgos por su misma complejidad y entrelazamiento. El 11s ejemplifica, casi magistralmente, lo que el

(29) Véase *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Siglo Veintiuno Editores, 1979. Tres tomos.

sociólogo alemán Ulrich Beck había llamado en 1987 *risikogesellschaft*, la sociedad del riesgo (30): una sociedad en la que la red encadenada de causalidades y dependencias entrelazadas genera situaciones tales que pequeñas variaciones en un extremo son amplificadas y producen consecuencias monstruosas en otro extremo, el caldo de cultivo de «efectos mariposa». Dadme una palanca y moveré el mundo, podían decir los terroristas, pues con solo unos cortapapeles consiguieron derribar las torres simbólicas del Comercio Mundial y de la globalización, utilizando los aviones como espoletas para hacer estallar las verdaderas bombas: las mismas torres. Jamás se representó con mayor énfasis el mito de un David pobre y débil contra el más poderoso Goliat. Un ejemplo que podemos multiplicar pues nuestras sociedades están hoy traspasadas de causalidades perversas, múltiples escenarios de riesgo, (aviones, trenes, presas, ciudades, abastecimiento de agua potable, redes cibernéticas, comercio, oleoductos, petróleo), que pueden ser utilizadas con simplicidad para producir inmensas catástrofes. La complejidad, la lógica de redes, que nos hace fuertes, puede ser también nuestro talón de Aquiles (31).

De modo que nunca fue más cierta la afirmación del poeta latino Terencio: *humani nihil a me alienum puto*. Nada nos es ajeno. Pero carecemos de instrumentos de gobernabilidad global. Y el hiato entre mundialización y emergencia de problemas globales, de una parte, e instrumentos de gobernabilidad mundial, crece cada día.

En esta primera mitad del siglo XXI emerge así un nuevo escenario, por vez primera radicalmente mundial, marcado por dos eventos. De una parte ese nuevo terrorismo, cuyo telón de fondo y mayor riesgo es la proliferación de armas NBQ en Estados, no ya fallidos, sino exitosos como Estados totalitarios, y que pueden exportarlas a grupos terroristas. Pero, por otra parte, y con celeridad de vértigo, la emergencia de las nuevas potencias mundiales que, junto con los Estados Unidos, serán las potencias hegemónicas en menos de veinte años. Y cuyo ascenso marca un retroceso en el peso relativo, no solo del hegemon, los Estados Unidos, sino sobre todo del peso absoluto de Occidente y, sobre todo, de Europa.

(30) Ulrich Beck: *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*. Suhrkamp, Frankfurt a.M. 1986

(31) Véase mi trabajo *De bruceos con la posmodernidad. Ignorancia, poder y comunicación en la sociedad del riesgo*, en *Revista de Política Exterior*, 80, 2001, pp. 11-20

VIEJAS Y NUEVAS POTENCIAS EN UN ORDEN PLANETARIO WESTFALIANO

Mientras el nuevo orden (no ya internacional sino societal), se articula en una tarea lenta y titánica que llevará décadas y cuyo aprendizaje será doloroso, la realidad del día a día se jugará, como siempre, alrededor del orden crecientemente multipolar de grandes potencias ¿Cuántas? ¿Cuáles?

Si sumamos las dos proyecciones que veíamos anteriormente, las demográficas y las económicas, podríamos confeccionar una primera lista provisional de potencias mundiales, tradicionales o emergentes: USA, sin duda, pero a la que hay que añadir los cuatro BRIC más Indonesia y México. Tres asiáticas, tres americanas, ninguna europea.

Pero, evidentemente, Europa, la Unión Europea, cuenta. Con 500 millones de habitantes y un PIB como el americano, no podemos descartarla aun cuando no esté en sus mejores momentos. Por ello podemos y debemos afinar el análisis de las potencias emergentes añadiendo otras variables a la población y la economía como son las siguientes: 1.- el territorio; 2.- el liderazgo político; 3.- el *hard power*, las fuerzas militares; 4.- y muy especialmente, el poder nuclear; 5.- el *soft-power*, la legitimidad; y 6.- la voluntad de auto-afirmación, su nacionalismo. Una lista que dista de ser exhaustiva pero que va más allá de los tres tableros de Joseph Nye (32) (poder duro, economía y poder blando) y completa los cinco criterios que, en un ejercicio similar a este, utilizaba hace poco Victor Bulmer-Thomas en su discurso al abandonar la presidencia de Chatham House (fuerza militar, poder político, economía, *soft power* y, finalmente, auto-afirmación) (33), para disponer así de hasta ocho variables distintas que podemos intentar analizar.

Pues bien, si ahora tratamos de cuantificar estas «variables de poder» otorgando a cada uno de los «sujetos»-Estados entre 1 y 4 puntos en cada variable, obtenemos un indicador aproximado de poder emergente, que no varía sustancialmente el resultado anterior: USA y China que se disputarán el liderazgo mundial, flanqueados por Rusia e India, y seguidos por el resto, muy por detrás, entre ellos la UE, cuya relevancia dependerá mucho de que sea capaz de superar su actual crisis y hablar y actuar unita-

(32) Joseph S. Nye, *Las paradojas del poder americano*, Taurus, Madrid, 2003.

(33) *Living with two megapowers: The world in 2020*, Chatham House Papers, diciembre 2006.

riamente (34). Estaríamos pues transitando desde la bipolaridad mundial de la Guerra Fría a la unipolaridad hegemónica americana de los años 90 para llegar al presente que los analistas chinos califican con sutileza de «una superpotencia y varias grandes potencias», camino de una futura y eventual polaridad USA-China.

OCHO CRITERIOS DE PODER						
<i>Puntuando de 4 (máximo) a 1 (mínimo)</i>						
	USA	UE	CHINA	INDIA	BRASIL	RUSIA
1 Población	2	2	3	4	1	1
2 Territorio	3	2	3	1	1	4
3 Economía	4	3	3	2	1	1
4 Liderazgo político	4	1	3	3	2	3
5 Ejército	4	1	3	3	1	2
6 Soft power	1	3	2	3	1	1
7 Auto-afirmación	3	1	4	3	1	4
8 Poder nuclear	4	3	3	2	0	4
TOTAL	25	16	24	21	8	20

Si de este intento de cuantificar el poder emergente (espero que más sencillo que simple) pasamos a un análisis cualitativo, lo primero a destacar es que la hegemonía americana subsistirá sin duda hasta el menos bien avanzado el siglo XXI. Y merece destacarse esta afirmación frente a estereotipos usuales.

Los Estados Unidos son el tercer país del mundo por territorio (tras Rusia y empatado con China) y por población (tras China y la India), tienen una demografía sana de modo que para el 2.050 serán el único país occidental de entre los diez más poblados del mundo, y gozan (a diferencia de Europa) de una más que saludable capacidad de integración (e incluso asimilación) de sus emigrantes. Su economía es más del 30% del PIB del mundo, casi tres veces el PIB del siguiente país (Japón) y el equivalente a la suma de los cuatro países siguientes, y sólo en los años 90 los Estados Unidos le sacaron a la UE un volumen de PIB equivalente al español. Por

(34) En el estudio de opinión pública para la Fundación Berstelmann realizado a una muestra representativa de nueve grandes países, y preguntados por los «Poderes mundiales» en el 2.020, el resultado era similar: USA (61%) y China (57%), casi empatados, seguidos de Rusia (37%), UE (33%), Japón (33%), India (29%) y finalmente, la ONU (27%). Véase, *Who Rules the World*, op.cit..

poner un ejemplo espectacular, si comparamos los 50 Estados americanos con los 15 de la antigua UE, resulta que Inglaterra o Francia serían el sexto Estado más pobre de los Estados Unidos (y España sería el Estado más pobre de la Unión). Su PIB per capita es de unos 45.000 dólares, mientras que el de la UE de 25 es de unos 30.000. La producción de petróleo americana es la tercera del mundo, similar a la de Rusia (7,7 millones de barriles al día) y sólo superada por la de Arabia Saudita (8,7) (35). Y en gas natural produce casi tanto como Rusia siendo la segunda del mundo. En ayuda al desarrollo, y con 27.000 millones de dólares, son el primer donante en valores absolutos, más del doble del siguiente país (Japón), aunque en ayuda *per capita* su posición es muy baja (lugar 21 del ranking). La influencia cultural de los Estados Unidos, su *soft power*, es inmensa, el inglés es la *lingua franca* del mundo y Hollywood y la TV americanas son vistos e imitados en todas partes. Y en tecnología, los americanos invierten en I+D tanto como todo el resto del mundo y disponen del 80% de los premios Nobel y de 17 de las 20 mejores Universidades del mundo de modo que siguen pagando el precio de la innovación, pero también cobrando sus dividendos.

Finalmente, los Estados Unidos gastan en defensa el 43% del total de gastos de defensa del mundo, más de 500.000 millones de dólares, casi el equivalente al resto del mundo, pero es sólo el 4% de su PIB y todos los analistas coinciden en que se trata de un gasto sostenible. Con sus 17 bases y 725 instalaciones distribuidas en 139 países (que se amplían constantemente) (36), y sus 1.400.000 soldados, de los que 250.000 están permanentemente fuera de sus fronteras, nada iguala la fuerza dura de los Estados Unidos. Por innovación y por capacidad es un Ejército imbatible en una guerra convencional, preparado y dimensionado para ganar al tiempo en dos frentes de batalla cualesquiera. Basta asomarse a la web del Pentágono para ver en ella un mapa del mundo y su precisa distribución en seis Estados Mayores a cuyo frente hay otros tantos Procónsules de varias estrellas encargados de supervisar el mundo entero, un mapa que merece ser meditado pues sólo un poder hegemónico (sólo un Imperio) necesita (y puede) elaborar un mapa similar. Es más, si hoy emerge un nuevo terrorismo es porque representa el nuevo arte de la guerra (guerri-

(35) Datos tomados de la web de British Petroleum.

(36) Desde el 11S han abierto o ampliado bases en Afganistán, Kirguistán, Pakistán, Tadjikistán, Uzbekistán, Bulgaria, Georgia, Hungría, Polonia, Rumania, Filipinas, Djibuti, Oman y Qatar. Véase Robert Kagan, End of Dreams. Return of History, *Policy Review*, agosto-septiembre 2007.

lla urbana; «asimétrica») adecuado a un orden internacional en el que ya no caben guerras convencionales («simétricas») pues estas las ha ganado de antemano el hegemon. Pensemos en algo tan importante como la seguridad de los mares, precondition del comercio y transporte mundial, garantizada por la fuerza naval americana, nada menos que 280 barcos en servicio activo en cinco flotas cuyo tonelaje supera al de los 17 países siguientes combinados, con dos docenas de... portaaviones ¡dos veces lo que el resto del mundo combinado!

Los Estados Unidos son el único país del mundo que, como Inglaterra en el XIX, supervisa todo cuanto ocurre y, puesto que sus intereses abarcan el mundo entero, se ve obligado a pensar el mundo en su totalidad. Por supuesto, desde sus intereses y al servicio del *taxpayer* americano, pero quien sueñe con una bipolaridad USA-UE hará bien en repasar los datos del problema. Por lo demás, no es un agresivo neocon sino un inteligente analista francés quien asegura que,

«un mundo multipolar menos dominado por la única superioridad de EEUU probablemente constituiría un mejor escenario para el sistema internacional. Pero al contrario de lo que asumen muchos europeos, un mundo sin un EEUU poderoso e internacionalista sería un lugar aun más desordenado y peligroso.»

De hecho, «Europa no podría promover su visión post-moderna de la historia si EEUU no existiera» (37). Los Estados Unidos siguen siendo «la nación indispensable» (38) y la «locomotora a la cabeza de la humanidad» (39).

Pero, como ha escrito Jaime Ojeda, «la paradoja del poderío americano al comenzar el siglo XXI es que ningún otro país puede rivalizar su invencible fuerza y, sin embargo, no es lo suficientemente fuerte para resolver problemas globales como el terrorismo y la proliferación» (40). Estados Unidos puede ser el país más potente del planeta, pero no es omnipotente. No puede asegurar la gobernanza mundial y ni siquiera puede garantizar un orden internacional plenamente satisfactorio para sus intereses.

Pero sobre todo, se trata de una hegemonía que será cada vez menos marcada a medida que emergen otros grandes (y en ocasiones inmensos) países.

(37) Dominique Moïsi, *Reinventar Occidente*, *Revista de Política Exterior*, 97, 2004, p. 75.

(38) Segundo discurso inaugural de William J. Clinton, 20 de enero de 1997.

(39) Dean Acheson, citado por Robert L. Beisner, *Dean Acheson; A Life in the Cold War* (Oxford University Press, 2006, p. 372.

(40) Jaime Ojeda, *Gulliver en Lilliput*, *Revista de Política Exterior*, 93, 2003, p. 133.

Rusia es sin duda un candidato, pero discutible y puede que su hora ya haya pasado. Es un gran poder militar (más de un millón de hombres, el quinto del mundo) y una inmensa fuerza nuclear (con 28.000 cabezas nucleares), pero su inmenso territorio, el mayor del mundo y casi dos veces el de China o USA, es más una desventaja que una ventaja considerando su desastrosa demografía: sus 143 millones de habitantes decrecen al ritmo de 700.000 al año y corre el riesgo de abandono de gran parte de Siberia (¿que sería ocupado por emigración china?). Además Rusia se ha transformado en otro petro-estado dependiente de la venta del gas, lo que ha venido a fortalecer viejas tentaciones autoritarias generando una inmensa corrupción. Un poder que utiliza con descaro como arma de presión, de modo que su poder blando es escaso si no negativo. Su poderoso ejército, todavía basado en el servicio militar obligatorio, ha sufrido una fuerte desmoralización por falta de recursos, aunque está siendo reforzado a marchas forzadas por Putin. Finalmente sigue sufriendo de fuerzas centrífugas en buena parte de su territorio, en el Cáucaso, en Siberia y en Asia Central. Aunque lo intente, Rusia tendrá bastantes dificultades para mantener su inmenso Imperio antes que volcarse hacia el exterior.

Si Rusia está atrapada por su pasado, ese no es el caso de la India. Pues con ella, al igual que con China, cambiamos de escala. Países con más de mil de millones de habitantes y culturas milenarias no son países normales y su propio volumen obliga a la consideración y el respeto (también a la preocupación pues los gigantes a veces hacen daño sin quererlo). Ya los Estados Unidos, con 300 millones, es un país excepcional. Pero India o China son otra cosa que no sé bien cómo llamar, quizás civilizaciones más que países.

Noticia del [Asia Times](#) titulada «India entra en la carrera del espacio». La Fuerza Aérea India ha establecido un cuartel militar aeroespacial para integrar sus capacidades en el espacio exterior. El jefe de la fuerza aérea ha descrito la India como «un poder aeroespacial con alcance transoceánico». La India hizo este anuncio un par de semanas después de que China diera pruebas de su capacidad en misiles anti-satélites. La India planea poner un robot en la Luna el año 2009, con un presupuesto de 100 millones de dólares, seguido de otro en el 2.012. Las fechas para una misión tripulada a la Luna se anunciarán el año próximo. «Estamos comenzando y somos conservadores, pero tenemos una clara hoja de ruta para la exploración lunar», dice Jitendra Goswami, el científico jefe del *Indian Moon Programme*. No es nada nuevo; India lanzó dos vehículos espaciales en el 2003 y otros dos los dos años siguientes. La India ha saltado del pacifis-

mo gandhiano y el pasado intemporal a la militarización del espacio y el futuro en sólo un par de décadas.

India tiene además un ejército muy bien entrenado de 1,3 millones de hombres, casi el tamaño del americano y el cuarto del mundo tras China, Rusia y Estados Unidos. La fuerza naval india es ya la quinta del mundo y la fuerza aérea la cuarta. Es potencia nuclear hace años, con entre 60 y 250 cabezas nucleares y misiles de hasta 2.000 km de alcance. Está re-armándose aceleradamente (comprando armamento a Rusia), ha entrado en la carrera del espacio y su nacionalismo crece día a día, la llamada «safronización» o hindustanización. Por lo demás, la «pacifista» India (otro pre-juicio occidental) esta lejos de hacer honor a su estereotipo y ha tenido guerras con China y Pakistán, fue la creadora de Bangladesh, ha intervenido en Sri Lanka apoyando a los tamil y causó la desaparición de Sikkim, un pequeño reino budista tibetano. Por otra parte, India es un gran apoyo a las Naciones Unidas a la que ha dotado de mas de 55.000 soldados en nada menos que 35 operaciones de mantenimiento de la paz. India no es el «Imperio del medio», pero sí está a medio camino entre oriente y occidente y entre dos grandes civilizaciones (la islámica y la sínica), de las que se ha beneficiado y con las que tiene fuerte porosidad en ambas dimensiones, de modo que ocupa una posición geográfica clave en la lucha contra el radicalismo islamista y es al tiempo, para los americanos, y conjuntamente con Japón, el contrapeso, el equilibrio y la pinza sobre China.

Finalmente, China es sin duda la gran potencia estratégica emergente, y puede que no tenga alternativa, que no pueda no serlo dado su inmenso tamaño. Nuclearizado, con 250 ojivas estratégicas y 150 tácticas, con importantes demandas territoriales (Taiwán), el mayor ejército del mundo (2,5 millones de soldados), el segundo presupuesto militar tras el americano, y agravios históricos no sanados del todo con otros países (Japón) y un fuerte nacionalismo (41). Y una presencia de alta visibilidad que le proporciona el veto en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (de donde la India está ausente, situación que no es probable que cambie), en la que ha construido un sólido lobby a través de su capacidad de compra e inversión en Africa. (Recordemos que en el 2006 China convocó una po-

(41) En el estudio *Who Rules the World*, mencionado anteriormente, los chinos eran los entrevistados que con mayor frecuencia mencionaban el poder militar entre los atributos necesarios de una gran potencia: el 59% versus una media (de nueve grandes países) del 25%.

derosa cumbre africana en Beijing a la que acudieron nada menos que 48 de los 53 jefes de Estado de la Unión Africana, el germen de un poderoso lobby en Naciones Unidas).

Su gasto militar ha crecido a una tasa anual media del 14% entre 1994 y 2004, y es un gran comprador de armas. En 2004 la cifra oficial del gasto militar fue de 25.500 millones de dólares, pero estimaciones de institutos de investigación la elevan a 35.000 o incluso 75.000 millones, que es lo que piensa el Departamento de Defensa de EEUU (con lo que sería el tercer o segundo presupuesto militar del mundo). Informes recientes del Pentágono o de la agencia japonesa de defensa consideran que se estaría convirtiendo en una «amenaza a la seguridad regional». ¿Acaso no dijo Deng Xiaoping que había que «esconder nuestras capacidades y ganar tiempo»? Según esta hipótesis negativa, China estaría acumulando fuerzas para crear en su momento su propia «doctrina Monroe» para Asia, e incluso una «Pax Sinica» para sustituir la Pax Americana.

No es eso lo que, al parecer, desea China que, por el contrario, exhibe la teoría del «ascenso pacífico» (*heping jueqi*) desarrollada por especialistas chinos en relaciones internacionales. China, dicen Zheng Bijian y otros defensores de esta teoría, no sólo respetará el orden internacional vigente, sino que además contribuirá a su desarrollo con la apertura de un mercado enorme, la ayuda a países más pobres, el fortalecimiento de la seguridad internacional, y una participación activa en el tratamiento colectivo de los desafíos transnacionales. «Nosotros solo exportamos ordenadores, no revoluciones», dice Zheng Bijian. Pero no solo produce ordenadores pues China es ya el primer productor mundial de cereales, carne, fruta, hortalizas, trigo, arroz, té, algodón, plomo, cinc, estaño, aluminio, carbón.

A China, al igual que a la UE, le interesa (al menos de momento) un reforzamiento de instituciones multilaterales y un mundo multipolar de modo que –como acaba de señalar Ikenberry– su juego estratégico es probable que se desarrolle dentro del marco internacional establecido (42). Y así ha actuado recientemente apoyando desde la ONU sanciones contra Corea del Norte, Irán, Sudán (por el conflicto de Darfur) y Burma (43). China es además un muy viejo país (el más antiguo del mundo sin discusión), de cuya historia debemos aprender. Y lo que esta muestra es que en esca-

(42) G. John Ikenberry, *The Rise of China and the Future of the West*, *Foreign Affairs*, enero-febrero 2008.

(43) Véase Stephanie Kleine-Ahlbrandt y Andrew Small, *China's New Dictatorship Diplomacy*, *Foreign Affairs*, enero/febrero, 2008.

En algunas ocasiones ha sido agresivo hacia fuera. China está jugando dentro, y no fuera, del orden internacional de reglas e instituciones establecido por Occidente pues ha descubierto que este puede serle de gran utilidad. En todo caso saber qué piensan las élites chinas es uno de los problemas (y entretenimientos) de nuestro tiempo, una tarea similar a la de los viejos «kremlinólogos» en sus aciertos y en sus errores (44).

Nos hemos centrado en los países de mayor tamaño y volumen, pero es evidente que no hemos agotado la lista de potencias emergentes aunque las restantes sean sólo regionales. Los casos de Turquía, Pakistán o Irán en Oriente Medio, Japón en Asia oriental o Brasil en América, países que son ya o pretenden nuclearizarse, invierten fuertemente en armamento y disponen de poderosos ejércitos, muestran la emergencia de líderes regionales a tomar en consideración. Algo que afecta directamente a los intereses españoles: poco después de anunciarse el descubrimiento de importantes depósitos de crudo en la costa brasileña, Lula ha decidido aumentar en un 50% el presupuesto de armamento que se gastará, no en el exterior, sino creando una industria de defensa propia. Poco antes un alto cargo militar había reclamado la nuclearización de país (que ya fue interrumpida hace años). Brasil se suma así a la carrera armamentística con Chile y Venezuela, buscando ser el árbitro en los conflictos armados de América del sur (45).

De modo que si el mundo deja de ser unipolar, con una sola potencia hegemónica, como lo es desde 1989, (y algún momento dejará de serlo, por supuesto; ningún Imperio es eterno), no será la UE la alternativa a USA, como deseaban Chirac, o Schröder. Será, sin duda alguna, China. Ya lo está siendo, aunque el evento que simbolizará el punto de inflexión será el *sorpasso* de la economía china a la americana, lo que tendrá lugar en algún momento entre los años 2.030 y 2.060 dependiendo de los ritmos respectivos de crecimiento. Rusia fue competidor político de Estados Unidos, pero no competidor económico; China juega en ambas ligas.

Para el 2.050 pues, solo habrá un país occidental que seguirá siendo la mayor potencia del mundo, los Estados Unidos. Europa contará en la misma medida en que consiga superar su actual parálisis disgregadora para dotarse de poder político, de una política exterior, y de *leverage* de seguridad. Por el momento ni siquiera es un poder económico; es el ma-

(44) Al respecto véase Mark Leonard, *What does China Think*, Public Affairs, US, 2008.

(45) Diario *El País*, 26 de noviembre de 2007.

yor mercado del mundo pero, sin poder político que pueda gestionar esa inmensa economía, todavía no ha llegado a ser verdadero poder económico. No olvidemos que si el denario, la libra esterlina o el dólar llegaron a imponerse como monedas fuertes es porque estaban respaldadas respectivamente por las legiones, la Royal Navy o las diversas flotas. Nada similar respalda al euro.

EUROPA, ESPAÑA Y EL MUNDO WESTFALIANO

Hemos hablado poco de Europa, lamentablemente. Y debemos analizar por qué estará en buena medida ausente de esa cita histórica con el futuro.

Desde luego Europa, la UE, ha sido el gran experimento político exitoso del siglo XX tras los terribles fracasos del comunismo y del fascismo (otros dos inventos europeos). Pues desde el Tratado de París de 1951 que creaba la Comunidad Económica del Carbón y el Acero (la CECA) hasta hoy, Europa ha conseguido todo lo que expongo a continuación.

Para comenzar, reforzar y extender ordenes políticos basados en el Estado democrático, el *rule of law*, la separación de poderes, una sociedad civil fuerte y el respeto a los derechos humanos. En 1945 no más de media docena de Estados europeos eran democracias; hoy lo son todos pues todos cumplen los criterios de Copenhagen. Y por si fuera poco, en el linde exterior de la actual UE al menos otra media docena de Estados se preparan para cumplirlos. El «modelo UE» se extiende como una mancha de aceite hacia el este. Jamás en la historia europea tantos ciudadanos habían gozado de tanta libertad.

En segundo lugar, ha conseguido reforzar y ampliar la prosperidad a toda Europa. Para los países de la UE-15 la pobreza ha quedado ya atrás y hemos entrado, no ya en el bienestar, sino en la afluencia y, en ocasiones, incluso en la opulencia. Progresivamente, primero los antiguos (Alemania, Francia), luego los nuevos (España, Irlanda, Grecia), y ahora los novísimos de Europa central y del este, han mejorado sustancialmente sus niveles de vida. Jamás en la historia de Europa tanta gente ha gozado de tanta prosperidad como ahora. Y como anteriormente, los beneficios de esa prosperidad se extienden a los vecinos y, eventualmente, cabe esperar que también a los vecinos de los vecinos. Hoy la economía europea es, junto a la americana (con la que está inextricablemente unida), las dos más poderosas del mundo.

Finalmente, Europa goza de una seguridad jamás vista. Tras 300 años de Westfalia y 50 de bipolaridad, es decir, de guerras continuas, prácticamente una en cada generación (guerras de dinastías, guerras de pueblos o naciones, guerras de clases), el riesgo de guerra ha desaparecido por completo. No olvidemos que esa fue la causa y el objetivo del proyecto europeo: acabar con el horror. Europa ha sustituido la clásica confrontación de soberanías estatales en juegos de suma cero por la puesta en común de soberanías (y eso es el método comunitario) dando lugar a un orden internacional nuevo, post-hobbesiano (46), un orden jurídico en el que el recurso a la violencia ha desaparecido de las relaciones internacionales. De hecho Europa ha dado el salto desde un orden internacional inter-estatal a otra cosa, un orden cosmopolita, interno, un orden de sociedad civil europea. Y otra vez más, los Estados vecinos se aprestan a entrar en ese orden internacional renunciando al uso de la fuerza a cambio de un lugar al sol de la anhelada Europa.

De modo que podemos decir con énfasis que jamás Europa ha sido tan justa, tan prospera ni tan segura. Es un éxito de alcance histórico-universal (como diría Weber), que explica que todos los países vecinos desean ser europeos. No sólo; la excelente imagen de la UE (un modelo de sociedad que se desea imitar y no resulta agresivo ni amenazante) hace que en casi todas partes se desee de la UE una mayor presencia internacional. Un sondeo reciente de Gallup International para el European Council on Foreign Relations, realizado en 52 países, mostraba que la UE era, con un 35%, la potencia cuya presencia internacional más se echaba de menos (seguida de la India, con 27%). Un porcentaje que subía al 51% entre los propios europeos pero baja al 23 en Asia (donde el de la India subía al 33%). Es el ascenso de los «poderes herbívoros» frente a los «carnívoros», representados por los actores de la guerra fría (USA, Rusia y China), percibidos como amenazantes (47).

Tienen pues razón quienes han argumentado que la UE posee un «poder transformador» basado, de una parte, en su capacidad para ofrecer (o excluir) beneficios a terceros países, y de otra, en la obsesión por regular todo mediante contratos, normas y reglas, en una palabra, en la creación de derecho vinculante (48). El poder militar –se argumenta– permite cam-

(46) La expresión es de Schmitter; Robert Kagan lo llama kantiano.

(47) Ivan Krastev and Mark Leonard, *New World Order: The Balance of Soft Power and the Rise of Herbivorous Powers*, European Council on Foreign Relations, Policy Brief, 2007.

(48) Por ejemplo, Mark Leonard, *Por qué Europa liderará el siglo XXI*, Taurus, Madrid, 2005. También John McCormick, *The European Superpower*, Palgrave MacMillan, Londres, 2007.

biar regímenes, pero la legislación permite cambiar sociedades. Los nuevos miembros de la UE deben transponer a su legislación nacional más de 95.000 páginas de normativas obligatorias, e incluso quienes sólo desean cooperar con la UE se ven atrapados por normas que afectan a derechos humanos, proliferación de armas, emigraciones o buen gobierno. Y se recuerda cómo la ampliación al este de la UE ha sido el mayor programa de cambio pacífico y democratización de la historia. El poder blando de la UE sería tan eficaz, si no más, que el poder duro de otros países como los Estados Unidos.

Pero incluso sus defensores no dejan de reconocer que la UE rinde por debajo de sus posibilidades (49). Y ello por numerosas razones.

Pues la UE es un objeto político no identificado que se ha construido por la puerta de atrás siguiendo el método funcionalista: arbitremos un mercado y una unión monetaria y que la economía tire de la política y que la política tire de la cultura. Era la estrategia de Robert Schumann: «realizaciones concretas» para generar «solidaridades de hecho», tal debía ser «la primera etapa de la federación europea». Dicen que Jean Monnet dijo al final de su vida que, de tener la oportunidad de construir Europa de nuevo, habría empezado por la cultura. Menos mal que no lo hizo pues entonces no tendríamos UE. El método funcionalista ha sido un éxito, aunque el precio pagado por ello ha sido construir Europa sin verdadera participación ciudadana, sin proyecto claro, casi como un subproducto, algo que se alcanza tanto mejor cuanto menos se habla de ello. Y que implica una gestión de la política europea en términos despotismo ilustrado: todo para los pueblos pero sin los pueblos. El resultado es un profundo déficit democrático: la UE no responde ante los ciudadanos, no es *accountable*. La UE profundiza y exporta democracia pero ella misma es dudosamente democrática. Como dice con ironía Ulrich Beck, si la UE pidiera mañana ingresar en la UE, sería rechazada porque no cumple los criterios de Copenhagen.

Justamente para cerrar ese déficit se convocó la Convención que debía elaborar una nueva Constitución arrastrando así a la ciudadanía camino de un *demos* europeo global. A los convencionales les gustaba asimilarse a las asambleas constituyentes (y especialmente a la de Filadelfia), pero nadie les había elegido para una tarea constituyente y sólo

(49) Véase, por ejemplo, Mark Leonard y Richard Youngs, *El efecto Europa*, *Foreign Policy*, octubre/noviembre 2007, p. 34 ss.

metafóricamente se puede decir que representaban a los ciudadanos de Europa. El resultado fue un sonoro fracaso tras los referéndum francés y holandés, que ha interrumpido una esperanzadora dinámica articuladora permitiendo la re-emergencia de todo tipo de neo-nacionalismos, no solo políticos sino incluso económicos y culturales.

Sin embargo, si pretendemos que Europa siga avanzando (y sobre todo, si pretendemos que sea un actor internacional relevante) es necesario saltar al discurso político y dejar de confiar en el método indirecto. Pues bien, para ello la UE debe abordar de frente al menos cinco importantes problemas.

En primer lugar, el de la amplitud de Europa, quizás el más importante. ¿Estamos ante una Unión política de la región oeste del continente euroasiático o más bien ante un método nuevo de articulación de relaciones internacionales y resolución de conflictos? Puede parecer paradójico pero, en buena medida hoy la UE es lo segundo: un método de articulación de la sociedad internacional mediante el *engagement*, la cooperación y los negocios, mediante la suma y no la confrontación de soberanías, que genera solidaridades fácticas en círculos concéntricos. Más que una federación (o incluso una confederación) es un original método de articulación internacional que puede y debe extenderse como una mancha de aceite y, tendencialmente al menos, podría llegar a abarcar al mundo entero. La otra opción, por supuesto, es la de una unión política geográfica, necesariamente limitada a una región del mundo, pero en este caso debe tener fronteras territoriales precisas y claras. ¿Cuáles? ¿Los Balcanes? ¿Turquía? Pero entonces ¿por que no Ucrania y el Cáucaso? Y si Turquía sí, ¿Por qué no más allá, Israel, Marruecos, incluso Argentina, como opinan no pocos españoles? Actualmente es ya una unión de 27 países más tres con estatus oficial de candidato, treinta pues en total. A los que habría que añadir otros cuatro con intención clara de pertenecer y al menos otro cinco o seis que han manifestado su intención de hacerlo (Bielorrusia, Ucrania, Moldavia, Georgia y Armenia). Toda Europa pues (incluidas Suiza y Noruega) menos Rusia. Puede que la ampliación fuerce a la profundización (aunque eso está todavía por ver), pero la lógica de la ampliación continua impide la profundización.

Y este es el segundo dilema, el de la profundidad: ¿Estamos ante los Estados Unidos de Europa, una confederación de Estados que camina hacia su eventual federación? Hasta el momento, y como simple unión monetaria y económica, Europa no ha necesitado un liderazgo político

fuerte, pero a medida que la unión económica avanza el déficit político se agudiza pues ¿cómo tener unión económica sin control presupuestario y sin armonización fiscal, sin gobernanza económica? Se dice con frecuencia que la UE es un gigante económico. Cierto, si por tal se entiende un inmenso mercado y una poderosa máquina productiva. Pero en la medida en que esa poderosa economía no puede ponerse al servicio de un proyecto político por carecer de gobernanza el gigante económico no controla sus miembros que caminan cada uno a su propio ritmo. Por lo demás, si admitimos, de una parte, cooperaciones reforzadas, *opting out* e integraciones diferenciadas (Schengen sí o no; Euro sí o no), que diversifica el grado de incorporación de los miembros en una geometría variable; y de otra, acuerdos diferenciados de vecindad con no miembros, el resultado es unas fronteras borrosas y una cada vez mayor indefinición de lo que es la misma UE o de lo que significa ser (o no ser) miembro. Caminamos, no solo hacia una UE a la carta sino hacia una no-UE también a la carta (50).

El tercer dilema afecta al modelo socio-económico. ¿Se acepta el modelo bávaro de Estado de Bienestar franco-alemán, un modelo que sirvió muy bien en el pasado pero hoy no es eficiente? ¿O se opta por un modelo anglo-americano, privatizado y des-regulado? Se dice que el primer modelo es más justo que el segundo. No lo niego pero no es casual que los países que llevaron más lejos el Welfare State (el Reino Unido o los países nórdicos) se hayan pasado al segundo modelo sin abandonar el primero, lo que evidencia que la opción no es rotunda y quizás en la Agenda de Lisboa y en una economía del conocimiento y la innovación podamos encontrar la superación del dilema. En todo caso la UE, que sin duda goza del modelo social más avanzado del planeta, debe preguntarse cómo puede pagar su coste y competir con los nuevos países, y ello lleva a aumentar la productividad en todos los órdenes (51). A comienzos de los años 80 la UE representaba más del 30% del PIB mundial; hoy escasamente el 20%. Y la población europea envejece y decrece, aumentando las tasas de dependencia. De los treinta países del mundo con porcentaje más alto de población mayor de 60 años nada menos que veintinueve son europeos (el primero es Japón).

Los dos últimos dilemas afectan a la UE como actor en el escenario mundial. Para comenzar, ¿es posible y realista «una» política exterior eu-

(50) Véase Charles Grant, *Europe's Blurred Boundaries*, CER, 2007.

(51) Véase, al respecto, el reciente libro de Anthony Giddens, *Europa en la era global*, Paidós, Barcelona, 2007.

ropea común? Considerando la diversidad de intereses económicos y políticos de los países europeos (buena parte de ellos viejos Imperios coloniales a los que siguen vinculados), el peso de la historia común de confrontaciones y su variada proyección geográfica (Este-Oeste-Sur), no parece tarea fácil. ¿Es razonable esperar que Francia comunitarice su política africana o árabe? ¿Puede Europa asumir la agenda latinoamericana de España? ¿Renunciarían Francia e Inglaterra a su posición en el Consejo de Seguridad a cambio de la presencia de la UE? Nada de todo ello es probable que ocurra en las próximas décadas. Europa podrá, en ocasiones (pero sólo en ocasiones), articular políticas comunes en escenarios concretos (Israel, los Balcanes), pero no parece realista pensar en una fusión de los servicios exteriores y menos en una representación común en los organismos internacionales. No es probable que la UE sea capaz de articular «una» política exterior común y bueno será si es capaz de generar «políticas» comunes. Incluso en temas que nos afectan directamente a los europeos, y que son temas de seguridad colectiva (pienso en cuestiones como la emigración o la energía), somos incapaces de alcanzar posiciones comunes.

Y esto nos lleva al quinto y último dilema, la seguridad. Europa ha sido un *free-rider* de la seguridad americana desde 1945. Porque no ha podido, porque no ha querido, o porque no la han dejado, el resultado es que su seguridad ha dependido de un ejército ajeno que responde ante un *taxpayer* ajeno. Y así sigue en buena medida a pesar de importantes avances. Preguntado el presidente del Comité Militar de la UE, general Henri Bentégeat, cuantos soldados tiene a sus ordenes la respuesta fue rotunda: «ninguno». Para añadir más adelante con sinceridad: «la UE puede gestionar crisis importantes, pero no puede hacer la guerra» (52). Como señalaba hace poco el General Félix Sanz, Jefe del Estado Mayor de la Defensa, «a diferencia de la OTAN (la UE) carece prácticamente de estructuras militares permanentes». Y por eso mismo «lo primero y fundamental es aproximar la OTAN y la Unión Europea, organizaciones entre las que ahora existe una cierta distancia. Si las dos están trabajando para los mismos fines, en las mismas zonas, y están integradas en el 70 o el 80% por las mismas naciones, parece lo más natural que estén coordinadas en sus esfuerzos por la paz y la seguridad» (53).

(52) El País, 9 de octubre de 2007.

(53) Revista de Defensa, num.235, noviembre 2007, p. 9.

Por lo demás, si la UE pretendiera un *decoupling* de seguridad de los Estados Unidos (que sólo conduciría a debilitarnos mutuamente), ello exigiría invertir mucho más en seguridad sabiendo que, incluso así, tardaríamos lustros antes de poder garantizarla, y mientras tanto, el paraguas del aliado americano será imprescindible. Un paraguas que, sin embargo, a ellos les resulta menos interesante pues desde la caída de la Unión Soviética Europa ha perdido relevancia estratégica para los americanos. De nuevo, ¿queremos una UE federal de bajo coste? Sin fuerza que la respalde la política exterior de la UE es escasamente creíble como vemos a diario en Palestina o en otros escenarios. ¿Tendremos que hacer bueno el pronóstico de Ortega y esperar a que «una coleta asome por los Urales»?

Europa es ya tan «libre y feliz como Suiza», como deseaba Churchill, pero la tarea está aun inconclusa, no somos un actor internacional relevante, y seguiremos dependiendo para nuestra seguridad de quien sí lo es (y en nuestro nombre): los Estados Unidos. No es de extrañar por lo tanto que, cuando se indaga fuera de Europa sobre la UE como eventual potencia mundial el resultado es descorazonador: mientras que el 81% de los alemanes o el 76% de los ingleses aseguran que la UE es hoy un «poder mundial» comparable a Estados Unidos o China, sólo el 32% de los chinos, el 26% de los americanos, el 20% de los japoneses, el 13% de los rusos, el 12% de los brasileños o el 5% de los indios, piensan lo mismo (54). Al parecer la UE sólo existe como actor internacional para los europeos y sólo nosotros no percibimos que la historia ha cambiado su rumbo.

Pues (como argumentaba Barraclaugh) los europeos, que hemos pasado de la Era Mediterránea a la Era Europa y tras ella la Era Atlántica, vemos emerger una Era del Pacífico en una historia «postmoderna» que nos fuerza pensar el mundo de otro modo (55). Ello no significa –continuaba Barraclough– «que la historia europea haya terminado», por supuesto. Pero sí «que deja de tener significación histórica» y pasa a ser una «historia regional» más, y ya no «la historia del mundo» como ha sido durante los últimos siglos.

Debemos pensar el mundo de otro modo. Y pensar el mundo de otro modo es, ante todo, representárselo de otro modo. Hagamos un experimento.

(54) Estudio *Who Rules the World*, op.cit.

(55) Barraclough, *History in a Changing World*, op.cit.,p. 206 y 207.



Figura 11. «Viejo» mapa del mundo.

El gráfico adjunto representa el viejo mapa del mundo, el modo como nos lo representamos usualmente. El meridiano 0 de Greenwich, que define el punto cero de las coordenadas del tiempo y del espacio, pasa por Londres y España, las dos grandes potencias colonizadoras del mundo y pioneras de la expansión europea (meridiano que vino a sustituir al de San Fernando, Cádiz, utilizado con anterioridad). A un lado el llamado «extremo oriente»; al otro, el «extremo occidente» el viejo Far West. Y nosotros, por supuesto, en el centro del mundo. Faltaría más.

Pero decíamos antes al hablar del futuro: tres potencias asiáticas y tres americanas. Pero ojo, conectadas por el Pacífico, no por el Atlántico. De modo que veamos un nuevo mapa del mundo. Pues si ponemos el Pacífico en el centro –y ya es hora de que empecemos a hacer este ejercicio mental– veremos que lo que aflora ahora por la izquierda del mapa es un «extremo occidente» del continente euroasiático, el equivalente al viejo extremo oriente, pero en el que las islas británicas hacen el papel de Japón, y la península ibérica (con España), el de la península de Corea. Y ahora el Imperio del Medio, China, cae justo en el medio. De modo que ¿extremo oriente o extremo occidente? Más estereotipos. Esta metáfora nos muestra que puede que españoles y europeos estemos pasando del centro a la periferia del sistema mundial sin que nos demos cuenta, al tiempo que discutimos con pasión no se bien qué banalidades.

varias grandes potencias» (56) en el que USA observa con atención a China, China lo hace con Rusia, y Rusia observa, como siempre, a los Estados Unidos. Un mundo multipolar, cierto, pero en el que, desafortunadamente, Europa y los Estados que lo componen, contamos cada vez menos. Ironías de la historia, el «nuevo orden planetario» parece encaminarse a ser una copia en mayor escala del orden westfaliano, la definitiva «europeización» del mundo. Habremos «contenido» al hegemon, sin duda, pero habremos asegurado nuestra irrelevancia y abierto la puerta a un neo-feudalismo mundial. Los europeos deberíamos tener mucho cuidado al apostar por un mundo multipolar, no sea que veamos cumplidas nuestras esperanzas para tener que decir después: «no es esto, no es esto».

El dilema es que la ONU tiene legitimidad, pero no fuerza, y representa un multilateralismo inefectivo, impotente (ej. Palestina), que llama a las puertas a un unilateralismo, ilegítimo pero en ocasiones eficaz (ej. Kosovo). Y los Estados Unidos tienen fuerza, pero no legitimidad, y representan una unipolaridad ilegítima (ej. Iraq) pero, en ocasiones, eficaz (Balcanes). ¿Como sumar la legitimidad impotente de la ONU con la potencia ilegítima de los Estados Unidos, como ocurrió en la Primera Guerra del Golfo? El modelo UE puede ser una respuesta: democratizando el mundo para poderlo gestionar como una «alianza de democracias» que comparten, en lugar de confrontar, soberanías, alianza que será un lobby en la ONU, haciéndola efectiva y para ello, haciendo de Europa el pegamento que ajuste ONU y USA, camino de un nuevo Orden Democrático Mundial, que debe ser la utopía reguladora del proceso a largo plazo. No olvidemos que la máxima garantía de gobernabilidad mundial es el Estado democrático: «la calidad de la sociedad internacional depende de la calidad de los gobiernos que son su fundamento. La mejor protección para nuestra seguridad es un mundo de estados democráticos bien gobernados», afirma con justificada rotundidad la Estrategia de Seguridad Europea,

En definitiva, hacer que las Naciones Unidas pasen de un multilateralismo ineficiente a otro eficiente, hacer que funcionen. Y para ello, articular en su seno un caucus de las democracias del mundo, únicos regímenes fiables y seguros, caucus cuyo núcleo duro sólo puede ser la alianza central que ha articulado el Occidente, la que abarca los dos lados del Atlántico (también América Latina), alianza cuyo eje vertebrador solo pue-

(56) Rosalie Chen, *China Perceives America*, *Journal of Contemporary China*, 12, 35, mayo del 2003. Citado por Robert Kagan, *End of Dreams, Return of History*, op. cit.

de ser una OTAN reformada. Hoy, mucho más que nunca, el mundo necesita gobernabilidad y esta, que inevitablemente pasa por las Naciones Unidas, necesita algo más: una voluntad y una dirección. Lo que necesitamos urgentemente no es una Alianza de Civilizaciones sino una alianza de países libres y democráticos. Por lo demás, y como ocurre con frecuencia, habrá que correr bastante para no perder posiciones, pues mientras nosotros dudamos otros ya lo están haciendo y la reunión de Beijing a la que aludía antes, 48 de los 53 países de la Unión Africana, que son otros tantos votos en Naciones Unidas, es el embrión del núcleo duro de otro caucus distinto, ya en marcha.

En los próximos años sabremos si es o no posible articular una alianza de democracias. Tras las elecciones francesas comprobaremos si, con Sarkozy, la Unión Europea es o no capaz de articular un liderazgo fuerte y reiniciar su camino, hasta ahora extraordinariamente positivo pero enfangado en tensiones burocráticas, recelos y neo-nacionalismos. Las elecciones presidenciales americanas renovarían el liderazgo de ese país, y sin duda marcarán un rumbo distinto en su política exterior; será la oportunidad para reiniciar la colaboración atlántica. Hay indicios que permiten sospechar que, tras los Juegos Olímpicos del 2008, Hu Jintao y su equipo de renovadores pretender lanzar una reforma política bajo el críptico eslogan de conseguir una «sociedad armoniosa». Y finalmente, también en el 2008 habrá elecciones en Rusia, en Italia y, por supuesto, en España. De modo que cuatro de los jugadores del ajedrez global y varios de los secundarios verán renovados sus liderazgos justo cuando el mundo, y especialmente occidente, comienza a ser consciente de sus profundas transformaciones.

CONCLUSION: KANT Y HOBBS

La conclusión de todas las conclusiones es, sin embargo, sencilla. El mundo necesita gobernabilidad global y esa gobernabilidad no es esencialmente distinta de la clásica, de la interna a los Estados. Pues bien, esta se ha basado siempre en dos elementos: la fuerza del derecho y el derecho de la fuerza. El imperio de la ley de una parte, por supuesto, en un orden (kantiano) de instituciones, normas, derechos y deberes. Pero también, y en no menor medida, en el monopolio (hobbesiano-weberiano) de la violencia al servicio de esa ley. Pues los Estados, antes de ser Estados de derecho o democráticos, son Estados a secas, y no existen si no son capaces de garantizar la seguridad física de sus ciudadanos, es decir, sin el monopolio de la violencia. Un mundo hobbesiano, westfaliano, es ingo-

bernable salvo que se dote de normas legítimas, pues nadie se puede sentar sobre las bayonetas (Napoleón). Pero un mundo puramente kantiano, de normas, negociaciones y pactos, un mundo post-moderno, necesita de fuerza que haga valer el imperativo categórico del momento, y sin lo que los anglosajones llaman *law enforcement* el derecho vale bien poca cosa. Podremos construir un orden post-moderno, una sociedad mundo, pero esta jamás será post-hobbesiana.

Occidente, su opinión pública, deben comprender que, del mismo modo que el orden interno cotidiano se vuelve rápidamente anarquía tan pronto desaparecen las fuerzas de policía, los gendarmes o los carabineiros, el orden internacional es anarquía sin la amenaza del uso legítimo de la fuerza pues siempre hay y habrá actores delincuentes, tanto en el orden interno como en el internacional. Fuerza legitimada, sin duda, pero fuerza. «Queremos que los tratados, regímenes y organizaciones internacionales sean eficientes al confrontar las amenazas a la paz y la seguridad internacionales», asegura la Estrategia de Seguridad Europea. Pero inmediatamente añade: «debemos estar preparados para actuar cuando las reglas son violadas». Pensar que la fuerza es ya innecesaria en el mundo actual es creer, de verdad, en el fin de la historia.

Sin derecho no hay orden, pero sin fuerza al servicio de ese orden, tampoco. Hay así una indudable complementariedad entre la fuerza de los Estados Unidos, de una parte, y la legitimidad y legalidad de las Naciones Unidas, de otra. Esa, y no otra, debe ser la tarea de Europa: conducir a los Estados Unidos por la vía de un multilateralismo efectivo y real asegurando que las Naciones Unidas no sean tan irrelevantes que sus decisiones son violadas una y otra y otra vez. Pues el multilateralismo blando e ineficiente llama a la puerta del unilateralismo, ilegítimo quizás, pero con frecuencia eficaz. Contra lo que creía Hegel, lo real no es necesariamente racional y no podemos confiar en que la astucia de una razón ajena (sea esta el Espíritu o los Estados Unidos) nos conduzca por el camino de la libertad. Si la deseamos, debemos apostar por ella con nuestro esfuerzo y nuestro compromiso personal. Recordemos una vez más al Hegel de la Fenomenología del Espíritu cuando aborda la dialéctica del amo y el esclavo: sólo merece ser libre (¡sólo es libre de hecho!), quien está dispuesto a arriesgar su vida para preservar su libertad. Quien no lo hace ha ya empezado a ser esclavo, aunque no lo sepa.

Y no resisto un comentario final sobre España. Los treinta últimos años han sido los más brillantes de nuestra historia. Jamás. Así de rotundo lo

veo. Nunca los españoles fuimos más libres ni tuvimos mayor prosperidad. Un país que era el paria de Europa en 1945 es ya la octava economía del mundo y un modelo político para todos los países emergentes.

Esto lo conseguimos porque tras la muerte del General Franco, decidimos hacer dos cosas: de una parte, mirar al futuro, preocuparnos de nuestros hijos, y no repetir las rencillas de nuestros padres. Y de otra, incorporarnos con decisión al mundo, a Europa primero, a América Latina después, y al mundo finalmente, mirando hacia fuera y no hacia adentro. Creo no equivocarme si recuerdo que el eslogan con el que el PSOE ganó abrumadoramente las elecciones de 1982, «Por el cambio», recogía bien ese proyecto: mirar adelante, mirar hacia fuera. Abrir ventanas y puertas y expulsar miasmas. Y tengo para mí que la elite empresarial española sigue en esa misma dirección y desde luego la mayoría de la sociedad.

No así la élite política que ha decidido darle la vuelta al esquema para mirar cada vez más al pasado y cada vez más hacia adentro. Pero el pasado no se puede cambiar y es siempre un juego de suma cero: gana uno u otro, jamás los dos al tiempo. Remover el pasado es dividir y alimentar la confrontación. Y lo peor no es el daño emergente que esas políticas causan, que es mucho. Lo peor es el lucro cesante, las oportunidades perdidas, los recursos de liderazgo y de tiempo malgastados. Pues el futuro de España está fuera de España, no dentro, y es un juego de suma positiva en el que todos podemos ganar. O todos podemos perder. Pues mientras discutimos apasionada y banalmente del pasado y de nuestro «ser» es el futuro quien nos está arroyando.